BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

EL BUSCADOR DE ENERGIA

glenn parrish

CIENCIA FICCION



EL BUSCADOR DE ENERGÍA
GLENN PARRISH---LCDE Nº 117
Noviembre de 1972-cubierta de ***Ángel Badía***

CAPITULO PRIMERO

La maldición que soltó Timothy (Theo) Keddar al conocer lo que el visitante pretendía de él no se puede imprimir. El visitante, Claude Vynderick, sin embargo, no se inmutó en absoluto.

-Lo siento, Theo, pero no te queda otro remedio-dijo Vynderick con calmoso acento.

-Pero, ¿quién diablos se ha vuelto aquí loco? -gritó Keddar-. ¿Tú..., yo, ella... o lo estamos todos, Claude?

-Ninguno estamos locos; todo lo contrario, gozamos del pleno uso de nuestras facultades mentales, Theo. Tienes que casarte con ella o...

La mirada de Vynderick se dirigió a través del espeso vidrio doble del ventanal hacia los abrasadores campos de "rubynita", donde los condenados a trabajos forzados, algunos de ellos para toda la vida, sufrían los efectos de un sol quemante, mientras removían el suelo polvoriento con la ayuda de palas con mango de sietey ocho metros de largo.

Dentro de la habitación, la temporatura estaba en unos moderados y reconfortantes 22°. En el exterior y en las mejores condiciones, el termómetro no bajaba nunca de los 45-50°. Los hombres morían casi como moscas y, después de algunos meses de trabajo en los campos de "rubyníta", quedaban convertidos en pingajos humanos, irrecuporables y aptos solamente para terminar sus días de un modo puramente vegetativo.

-O tengo que volver a manejar mi pala, ¿no es eso lo que quieres decirme, Claude? -exclamó Keddar, muy sulfurado.

-Exactamente, Theo-contestó Vynderick sin pestañear.

-Pero, maldita sea, yo creí que venías a comunicarme mi libertad; que el tribunal que me sentenció había acordado la nulidad o, por lo menos, la revisión de mi sentencia, y en lugar de ello, me anuncias que, si quiero salir de este horrible lugar, tengo que casarme con una mujer que tiene... ¿Cuántos años has dicho, Claude?

-Doscientos nueve, a punto de cumplir los doscientos diez, Theo-dijo Vynderick, Comisario en Jefe de Seguridad de la División de Energía y Fuerza Motriz del planeta Tierra.

Keddar se pegó una palmada en la frente. Luego, sin pronunciar una sola palabra, se dirigió al botellón de agua fría que había en uno de los lados de la estancia, el propio despacho del director de la Penitenciaría Sideral, nº 3, llenó un vaso y, en lugar de

bebérselo, volcó el contenido sobre su cabeza.

-Necesito refrescarme -gruñó."

Vynderick contempló impasible las oporaciones de su amigo. Keddar estaba medio desnudo, a excepción de un simple taparrabos, y un sombrero de paja, de anchas alas, que había dejado en el antedespacho. Era la vestimenta común a todos los condenados, junto con unas livianas sandalias de fibra.

Delante de sí, Vynderick tenía a un hombre de 1'90 de estatura, 90 kilos de peso, anchos hombros, pelo claro y ojos grises. En el mes y medio que Keddar llevaba en la penitenciaría, su piel había tomado un pronunciado tinte oscuro. Las señales de las quemaduras sufridas los primeros días ya habían desaparecido de su cuerpo.

-Yo creí que venias a liberarme -se quejó de nuevo-. Pero nunca me imaginé que ibas a proponerme el matrimonio con una doble centenaria, justamente siete veces mayor que yo. Doscientos diez años, contra treinta, Claude. ¡Ah, qué crueles pueden ser los amigos en algunas ocasiones!

A Vynderick le hizo gracia el último lamento y se echó a reír.

-Porque te aprecio estoy aquí, Theo -dijo-. Créeme, la sentencia del tribunal es firme y la negativa a la revisión es rotunda. No hay nada que hacer en este asunto, créeme, Theo.

-Ya lo veo -se resignó Keddar-. Pero casarme con ese Matusalén femenino...

-El Matusalén a que te refieres es nada menos que su Muy Venerada Majestad Lyssis XXXVII, de la dinastía de los. Ohu-Yahn, reina de Sittahur XI -recitóVynderick-. Y tú, al convertirte en su esposo, pasarás a ser el rey consorte, con todas las preeminencias y demás prebendas que te correspondan por el cargo.

******

-Lyssis XXXVII -repitió Keddar-. Debe de ser una dinastía antiquísima…

-Figúrate, ella hace el número treinta y siete de las reinas que han llevado su mismo nombre, sin contar, por supuesto, los cientos de reyes y reinas de otro nombre y que han sido jefes de Estado Planetario desde tiempos inmemoriales, tal vez diez o quince mil años.

-Ni las dinastías egipcias --refunfufi6 el condenado-. Pero, ¿qué ventajas he de obtener yo de ese loco matrimonio?

-Tú, algunas; la Tierra, por supuesto, muchísimas más.

-Oye, no me digas que es una boda dictada por la razón de Estado, ¿eh?

-Lo has adivinado, 'I'heo; la razón de Estado es la que nos obliga a pedirte que te cases con Lyssis, en virtud de lo cual, tu condena quedará cancelada.

-A cambio de vivir junto a un vejestorio...

-La media de edad en Sittahur es de doscientos sesonta años, aproximadamente. Al llegar allí, el ambiente obrará igualmente sobre ti y vivirás, por lo menos, doscientos treinta años más. Dentro de medio siglo terrestre, quedarás viudo; tendrás ochenta años, por supuesto, pero tu físico y tu organismo corresponderán a los cuarenta años en este planeta. Por tanto, estarás en condiciones de elegir nueva esposa, naturalmente, joven y bella. Además, en Sittahur, las costumbres, todo hay que decirlo, son liberales y a Lyssis no le importará que busques solaz y esparcimiento fuera del palacio. Las sittahurianas tienen fama de ser hermosas, Theo.

-Eso me consuela un poco -dijo Keddar-. Pero antes has hablado de razón de Estado en mi matrimonio, Claude.

-En efecto. Tú ya sabes lo que se busca en esos campos y se consigue sólo a cambio de mucho trabajo, mucho tiempo y una enorme cantidad de maquinaria, delicada en su mayor parte y que continuamente ha de reponerse, con el gasto que ello implica. Lo que aquí producimos con tanto esfuerzo, en Sittahur XI se da en estado completamente natural y en fragmentos que, a veces, alcanzan el tamaño de la cabeza de un hombre.

Keddar miró atónito a su amigo.

-Estás bromeando, Claude -masculló.

-No es broma, Theo. Estas tierras son ideales para, tras los oportunos procesos fisicoquímicos, producir los rubíes que se necesitan en las centrales de energía irradiante. Los yacimientos existentes en Sittahur son colosales; allí los rubíes aparecen en estado purísimo. No se encuentran fragmentos menores de cincuenta o cien centímetros cúbicos. Los quilates, como comprenderás, ya no se emplean como unidades de medida.

-Voy comprendiendo. La aplicación de los rayos láser, para los cuales es fundamental el cristal de rubí, a la producción de energía irradiante, ha significado un desgaste relativamente rápido del rubí.

-Así es. Con el tiempo, no demasiado, el rubí se quema, literalmente, y hay que sustituir la pieza en la central de energía. Aquí fabricamos los rubíes artificiales a un costo casi prohibitivo; en Sittahur tendremos los rubíes con tanta facilidad como las naranjas en la cuenca mediterránea.

-Y todo eso, a cambio de que yo me case con Lyssis.

-Justamente -corroboró Vynderick-. Estamos a punto de firmar un tratado con Sittahur para el suministro ilimitado de rubíes, naturalmente, a un precio barato y rentable. Pero, de repente, Lyssis se empeñó en casarse con un terrestre.

-Yo -dijo Keddar. .

Vynderick hizo un gesto negativo.

-En principio, no se pensó en ti siquiera -replicó-. Pero cuando ella expuso las condiciones que debía reunir su esposo… Bueno, seleccionamos una docena de tipos y Lyssis los rechazó sucesivamente a todos, hasta quedarse contigo.

--Pero, no entiendo..., ¿qué ha visto esa anciana en mí para querer otorgarme su aporgaminada mano?

-Theo, ella quiere un hombre joven y apuesto, de risa fácil y agradable conversación y que además, tenga buena voz y sepa tocar la guitarra. No me mencionó guitarra expresamente, sino cualquier instrumento musical, pero de todos los candidatos, te eligió a ti.

-Vamos, descartado, por la edad, el esposo amante y solitario, quiere un bufón.

-Un poco menos, pero, en el fondo, algo parecido-convino Vynderick-. Lyssis quiere que su esposo bromee, juegue, la divierta, cante canciones acompañándose de la guitarra..., y entonces accederá a firmar el contrato.

Keddar volvió a mirar a través del ventanal. Lo que vio le hizo estremecerse.

-No digo que fuese inocente del todo, pero, ¡rayos!, tampoco me merecía esta condena -dijo.

-Ahora te ofrezco la solución, Theo -insistió el visitante.

Keddar se encogió de hombros.

-Puesto que no hay otro remedio... En fin, todavía tendré que dar las gracias a mi augusta esposa -rezongó.

-Sobre eso, no cabe la menor duda. Pero, además, te advierto que la cosa no va a ser tan fácil como piensas, una vez convertido en rey consorte.

-¿Por qué, Claude?

-En Sittahur hay partidarios de que no se firme ese tratado con la Tierra -dijo Vynderick.

--Comprendo. Mi querido pellejo corre peligro.

-Bastante, a decir verdad, por lo que tendrás que dormir con un ojo abierto y otro cerrado, hasta que los problemas políticos de Sittahur se hayan solucionado. Pero de ello, mejor que nadie, te hablará la persona quete acompañará a tu nuevo planeta de residencia.

-Ah, me van a acompañar -exclamó Keddar.

--¡Naturalmente! No pensarías que ibas a viajar solo,

Theo -contestó Vynderick.

--Claro, claro... Y, ¿quién es esa persona?

Zenla de Ophayl, primera doncella de cámara de Lyssis.

CAPITULO II

Vynderick cruzó la puerta, abrió y se echó a un lado.

-- Entre, por favor, señorita de Ophayl -invitó.

Una mujer penetró en la estancia. Era alta, delgada, de piel bronceada y pelo muy negro. Vestía una túnica corta roja, sin mangas, y pendiente del hombro, por medio de una ancha correa, llevaba un gran bolso del mismo color.

La esbeltez de Zenla saltaba a la vista, aunque a Keddar le desagradó lo que estimó expresión antipática de su cara, de óvalo porfecto. El pelo, muy tirante, estaba sujeto a la nuca con una soncilla tira de tela del mismo color que el vestido.

-Señorita, le presonto a Theo Keddar -dijo Vynderick-. Theo, esta es Zenla de Ophayl.

-Encantado -saludó Keddar.

Zenla hizo una rígida inclinación de cabeza.

-Es un placer para mí conocerle y ponerme a sus órdenes, señor --manifestó con voz bien timbrada.

--Nada de señor; soy un condenado...

-Usted es ya el futuro rey consorte de Sittahur, señor -dijo Zenla, con acento inequívoco.

-Está bien, súbdita -contestó Keddar con sorna-. Mi amigo el Comisario me ha dicho que usted me facilitará detalles de la situación política de Sittahur.

-Si, pero durante el viaje. Ahora no podemos entretenernos, señor; hemos de emprender la marcha cuanto antes.

Keddar se volvió hacia su amigo.

-Estás libre, Theo -declaró-. A la salida te entregarán los documentos portinentes.

Keddar se puso las manos en el pecho.

-Pero así... -titubeó.

-En mi aeromóvil tengo ropas preparadas, señor-dijo Zenla.

-Han pensado en todo, Claude -sonrió Keddar.

-Es natural, Theo.

Keddar estrechó con fuerza la mano de su amigo.

-A pesar de todo, gracias, Claude .-se despidió.

-Suerte, Majestad -le deseó Wynderick, con una reverencia del más puro estilo cortesano.

El joven se volvió hacia Zenla.

-Cuando guste, señorita -invitó.

-Usted primero -dijo Zenla, echándose a un lado, como para indicar que debía respetar el rango de Keddar en todo momento.

Salieron del despacho. Un empleado entreg6 a Keddar un sobre.

-Sus documentos, señor -indicó.

-Gracias, amigo.

En el exterior, se vieron golpeados por una onda de aire

abrasador. Keddar pensó que, tal vez, gracias lo que él estimaba como un sacrificio, acabarían un día por suprimir aquella infernal penitenciaría.

-Ahí está mi aeromóvil -señaló Zenla.

-Yo creí que nos íbamos ya...

-Mi nave interestelar no está aquí -le atajó ella-. Tengo tomada habitación para usted en el hotel en que yo me hospedo.

-Entiendo -dijo Keddar.

-Antes de partir para Sittahur, debo realizar algunas gestiones imprescindibles, señor. Durante el viaje le instruiré debidamente de cuanto necesita saber para desempeñar con corrección y dignidad el papel que le corresponde como rey consorte.

-Seré su más aplicado discípulo, señorita de Ophayl.

-Mi nombre es Zenla, por favor, señor.

Keddar ,miró de reojo a la joven, mientras caminaban hacia el aeromóvil. El paso de Zenla era rápido y firme y su barbilla se alzaba orgullosa al frente.

Hablaba sin mirarle, con deferencia, pero también con energía. A Keddar le pareció que la joven no se encontraba muy a gusto con su papel de guía y mentor del futuro esposo de Lyssis XXXVII. Pero lo hacía, pensó, por disciplina y obediencia hacia su soberana.

Estaban a pocos pasos del aeromóvil cuando, de pronto, sonó la sirena de alarma.

Zenla emitió un agudo grito:

-¡Rápido, señor; debemos salir de aquí cuanto antes o moriremos sin remisión!

******

Entre sus otras cualidades, Zenla poseía una agilidad envidiable, que la llevó a penetrar en el vehículo, con una zambullida impresionante. Keddar se asombró un instante, pero, al siguiente, comprendió la inminencia de algún grave peligro y siguió a la joven.

Zenla estaba ya sontada en el asiento del piloto.

-¡Agárrese donde pueda! -gritó ella.

Keddar apenas si tuvo tiempo de alargar una mano y asir el borde suporior de uno de los asientos. La escotilla se cerró de golpe y, en el mismo instante, el aeromóvil se elevó con la velocidad de una nave espacial.

Apenas diez segundos más tarde, cuando el aparato no había llegado siquiera a los mil metros, se vio brillar un pequeño sol a muy poca distancia del suelo.

Al mismo tiempo que ascendía verticalmente, la navecilla describía una amplia curva en espiral. Zarandeado por todos los sitios, Keddar consiguió al fin ocupar su asiento.

Entonces, merced a la pronunciada inclinación del aeromóvil, pudo ver 1o que había sucedido.

Abajo, el nacimiento del pequeño sol había provocado un infierno de fuego y humo. El espectáculo era horroroso.

Las instalaciones de la penitenciaría ardían en pompa. En el suelo, no se advertia el menor movimiento humano.

-Todos han muerto -dijo Zenla, que había adivinado los pensamientos del joven-. Durante unos segundos, la explosión de esa bomba parasolar, ha originado temporaturas suporiores a los diez mil grados centígrados en un radio de siete u ochocientos metros.

Keddar se sintió aterrado.

-Una bomba parasolar -repitió.

-Exactamente -confirmó Zenla-. Semejante a un sol… y las hay todavía mayores.

-Esas armas no son terrestres, Zenla.

-No, proceden de Sittahur XI.

-Vaya un inventito -refunfuñó Keddar-. Y, ¿con qué motivo...?.

-¡Cuidado! -exclamó ella de repente-. Agárrese, señor.

Keddar sufrió un nuevo sobresalto. De la proa de la nave vio partir dos delgadas rayas humeantes, que se alejaron con velocidad increíble.

Un par de segundos más tarde, Keddar vio surgir delante de ellos, a unos seis o siete mil metros de distancia, un violento fogonazo. Zenla hizo virar el aparato y redujo la velocidad.

-He destruido una nave atacante, señor –informó con sobriedad.

-¿Na..., nave atacante?

-Sí, señor; de ella partió la bomba parasolar que ha destruido la penitenciaría, con todos sus ocupantes en el interior.

-Me siento abrumado -confesó Keddar-. Diríase que esa bomba estaba destinada para mí.

-En efecto, señor -corroboró Zenla sin pestañear-. Según creo deducir, los atacantes no tenían tiempo de seleccionarle a usted en exclusiva. Por tanto, recurrieron a un método que estimaron infalible.

-El método del exterminio total.

-SI, señor.

-Pero, ¿por qué? ¿Quién quería mi muerte, Zenla?

--Simplemente, quienes no desean que su Majestad contraiga matrimonio con un terrestre, señor.

Keddar se pasó una mano por la cara.

-¿Puedo saber, quiénes son esos tipos? -inquirió.

~-Casi con toda seguridad, aunque no puedo afirmarlo de un modo rotundo, son hombres al servicio de Br'toy Shor, Primer Ministro de su Majestad.

-Es decir que el tal Shor quiere impedir la boda.

-Sí, señor.

-Oiga, ¿no será ese Shor otro pretendiente a la arrugada mano de Su Majestad?

Una imporceptible sonrisa se formó en los labios de Zenla al escuchar aquellas palabras.

-Muy probablemente, así es, señor -respondió.

Keddar meneó la cabeza.

-De momento, he salvado la vida -dijo-, pero, no sé por qué me temo que los sustos que voy a recibir de ahora en adelante, me van a matar cualquier día de un ataque al coraz6n. Y, dígame, Zenla, ¿por qué yo, precisamente, he sido elegido..,?

Ella levant6 una mano.

-Le daré una explicación más completa cuando nos hallemos en el espacio, sin prisas ni agobios de tiempo, señor -atajó fríamente.

Y Keddar pensó resignadamente que no tenía otro remedio que conformarse con la tajante decisi6n de su bella, pero severa acompañante.

******

El ascensor les dejó en la planta 37. Como de costumbre, Zenla se echó a un lado para que Keddar pudiera salir el primero y luego le precedió hasta llegar a una de las puertas del pasillo.

-Esta es su habitación, señor -indicó-. La mía es la del al lado.

-Bien, pero, ¿qué debo hacer ahora, Zenla?

-Soncillamente, aguardar hasta que yo haya terminado las gestiones que debo realizar, señor.

-¿Tardará mucho?

Zenla hizo un gesto ambiguo.

-Veinticuatro horas, tal vez un poco más. No puedo fijar un plazo con exactitud, señor -respondió.

Keddar se dispuso a abrir la puerta de su cuarto.

Zen1a llamó de pronto su atención.

-Un momento, señor -dijo en voz baja.

Keddar se volvió alarmado hacia ella.

-¿Qué sucede? -preguntó.

Zenla no le contestó. Había sacado de su bolso un curioso aparatito, apenas mayor que un paquete de cigarrillos, y contemplaba una pequeña pantalla que aparecía en uno de sus lados.

~Lo que yo me suponía -murmuró.

-Pero, ¿qué diablos...?

-Es un detector de materia orgánica e inteligente-explicó Zenla, para pasmo del joven-. Si no se recibieran señales telepáticas, podría tratarse de un animal, pero las indicaciones son exactas: al otro lado de la puerta hay alguien esporándole, señor.

-¿Amigo?

-¿Conoce usted a alguien que supiera de su libertad...?

-Evidenternente, no.

-Entonces, el que está al otro lado de la puerta es enemigo -declaró Zenla, sin rodeos.

Keddar respingó.

-Por 1o visto, me aguarda para liquidarme -dijo.

-Eso es algo de 1o que no se puede dudar –confirmó la muchacha.

CAPITULO III

El detector fue a parar nuevament al bolso. Sin porder su sangre fría, Zenla sacó ahora un tubo de unos tres centímetros de grueso y veinte de longitud, terminado en 1o qué parecía un diamante de buen tamaño.

-Cuando yo le diga, abra la puerta, señor -musitó.

-Espore un momento -pidió Keddar-. No puedo consontir que usted corra riesgos…

-Es mi deber, señor -le atajó Zenla, impasible-. Abra, por favor.

Keddar titubeó un momento, pero acabó por obedecer. Abrió de golpe y, todavía estaba girando la puerta, cuando un rayo de vivísimos fulgores pasó entre los dos, yendo a estrellarse con seco chasquido contra la pared de enfrente.

Zenla se asomó entonces y alargó la mano con la que sostenía el tubo. Pero no ocurrió nada.

Ella lanzó un grito de sorpresa. Keddar comprendió que algo iba mal y la apartó de un violento empellón, en el justo instante en que otro rayo análogo pasaba de nuevo junto a ellos.

Zenla rodó por el suelo. Keddar se dijo que le había llegado ya la hora de intervenir y saltó hacia adelante, empleando en el impulso toda su potencia muscular.

Dio una voltereta completa en el aire, cayó sobre sus pies y de nuevo saltó. Su cabeza chocó con terrible impacto contra un pecho humano.

Se oyó un hondo gemido. Chasquearon algunas costillas. El asesino salió catapultado hacia atrás con increíble violencia, chocó contra una pared, rebotó y cayó al fin.

Keddar se incorporó en parte, quedando con una rodilla en tierra. El hombre yacía de bruces en el suelo, completamente inmóvil.

Zenla entró apresuradamente en el cuarto.

-¿Se encuentra bien, señor? -preguntó.

-No me ha sucedido nada, pero creo que este idiota ha muerto -contestó él.

-¿Muerto?

-Sí, lo lancé hacia atrás con demasiada fuerza y se desnucó

cuando su cabeza chocó contra la pared.

Keddar dio la vuelta al caído y le tomó el pulso, cuyos latidos eran cada vez más débiles., Un hilillo de sangre brotaba de la cabeza del caído.

-Además, le rompí unas cuantas costillas -añadió.

Zenla le contempló admirada.

-Es usted un hombre valiente -elogió.

-También yo sé jugar a las guerritas -contestó él irónicamente-. Lo único que siento es que este hombre no puede decirnos nada. Su corazón se ha parado ya.

-Lo que nos hubiera dicho, carece de importancia-manifestó Zenla-. Es de suponer que haya actuado por orden de Br'toy Shor.

-¡Caramba con el tal Shor! Debe de ser un angelito, ¿eh?

-No es bueno, señor. Pero, si me lo permite, le diré que, después de lo ocurrido, ya no podemos pormanecer por más tiempo en el hotel.

-Teme otro atentado, ¿no es así?

--Sí, señor.

-Muy bien, nos iremos, pero..., ¿qué hacemos con el "fiambre".?

Los amigos de Vynderick se encargarán de él -respondió Zenla.

--Si usted lo dice... Oiga, ¿qué trasto es ese con el que usted pretendía contraatacar?

Un gesto de enojo se dibujó en la cara de Zenla.

-Dispara rayos luminosos, cuya potencia es multiplicada por las facetas del diamante que tiene en la boca de fuego. Pero, lamentablemente, las pilas solares llevaban demasiado tiempo sin la exposici6n necesaria a la luz del sol y el arma no funcionó -contestó.

Keddar se inclinó y recogió del suelo un aparato similar.

-Ese pobre diablo no fue tan descuidado como usted -dijo.

--Le ruego pordone mi imprevisión, señor –contestó Zenla, colorada como una guinda.

-Sí, de acuerdo, pero, puesto que no podemos pormanecer en el hotel, ¿adónde vamos?

-Se lo diré en seguida, apenas haya recogido mi equipaje.

Recobrada, Zenla mostró de nuevo una actividad y eficiencia verdaderamente notables. En pocos minutos estuvieron listos para partir.

Keddar vestía un mono de color gris claro, que ella le había ya proporcionado en el aeromóvil que les había llevado al hotel. Zenla le dijo que luego le proporcionaría más ropas.

El aeromóvil se hallaba en la azotea del edificio del hotel. Zenla tomó los mandos y el aparato despegó raudamente.

******

Keddar saltó al suelo y miró asombrado a su alrededor.

-Oiga, esto es un desierto...

Zenla sonrió.

-Sólo en apariencia, señor -contestó.

El lugar, aunque no escaso en vegetación, estaba completamente deshabitado. Zenla echó a andar con paso firme y, de pronto, desapareció de la vista del joven.

Keddar respingó.

-Pero, ¿qué diablos...?

Zenla se hizo visible de nuevo.

-¿Por qué se detiene, señor? Sígame, se lo ruego-dijo.

Keddar se pasó una mano por la cara.

--Oiga, si no me explica bien lo que está pasando yo acabaré loco -mascullό- ¿Cómo se las ha arreglado para desaparecer de mi vista?

-Oh, es que tengo mi astronave en situación subespacial. Por tanto, resulta invisible, y cuando yo entro en ella también me invisibilizo.

-Me siento estupefacto-Kéddar avanzó hacia la joven-. Deme una mano por favor -pidió-; de lo contrario, me romporé las narices contra algo que no veo, pero que imagino muy sólido.

Zenla sonrió con suavidad e hizo lo que el joven le pedía. Keddar sintió de repente un ligero hormigueo, que pasó muy pronto, sin embargo, y en seguida se vio ante la escotilla de una astronave de forma lenticular y dimensiones muy respetables.

-De modo. que tiene la nave...

-En situación .subespacial, para evitar su localización. Nadie puede encontrarla, a menos que conozca previamente su posición.

Era un aparato grande y confortable, sin agobios de espacio. Zenla le enseñó su cámara, compuesta de dormitorio, sala y un gran cuarto de baño.

-Esto es un palacio -exclamó él, admirado.

-Lo menos que se merece quien pronto será el rey consorte de Sittahur -dijo Zenla.

-Sí, pero casarme con aquella anciana... Aunque, por lo visto, matusalénica y todo, tiene más de un pretendiente.

-A Shor le interesa ese matrimonio sobremanera, señor.

-¿Puedo saber por qué, Zenla?

-Lyssis es la última de su dinastía. Si Shor consigue casarse con ella, lógicamente la sobrevivirá y entonces fundará su propia dinastía.

-Pero...

-Shor tiene unos cincuenta años. Lyssis puede vivir otro tanto más, pero todos los que queremos a Su Majestad, tenemos el convencimiento pleno de que Shor acortará considerablemente sus días de vida.

-Y se casará con otra mujer joven y hermosa, quien le dará hijos que porpetúen su apellido.

-Exactamente, señor. Y ahora, si me lo permite, he de reanudar mis gestiones. Le ruego no abandone la nave bajo ningún concepto, señor.

Keddar miró a través de una de las ventanillas.

-Todo se ve normal- comentó.

-Es una situación sub espacial inmóvil, lo que significa que se puede ver de dentro hacia afuera, pero no viceversa..

-Entiendo. Ah, Zenla, va a volver a la capital, creo.

-Si, señor. ¿Desea algo en particular?

-Una guitarra, por favor.

Zenla puso cara de extrañeza.

-¿Una guitarra? -repitió.

~Su Majestad, además de un esposo, quiere también un trovador -sonrió Keddar.

-Ah, es cierto, lo había olvidado.

Zenla le dio las últimas instrucciones y le enseñó también el manejo de las dispensadoras de comida y bebida. Minutos más tarde, Keddar estaba solo en la nave.

******

Un riachuelo de murmurantes aguas pasaba a unos ciento cincuenta metros de la astronave. Keddar lo contempló con ansia..

‚Las seis semanas transcurridas en los desolados campos de "rubynita", le habían hecho ansiar lugares con agua, árboles y hierba. Ahora estaba en uno de esos sitios, pero no quería contravenir los mandatos de la enérgica Zenla.

Renunció al baño en el arroyo y se contentó con uno de casi sesonta minutos de duración en la bañera. Al terminar, sintió mucho apetito y comió y bebió en abundancia.

Había algo que le extrañaba sobremanera. Lyssis iba a casarse con él, esto era ya una cosa de la que no se podía dudar. Pero la descendencia de aquel matrimonio era físicamente imposible.

Por tanto, ¿cómo continuar la dinastía de los Ohu Yahn?

Zenla le explicaría todo con más detalle, cuando estuvieran en vuelo. Mientras tanto, no merecía la pena continuar preocupándose más del asunto.

Durmió unas cuantas horas. La noche había llegado ya y, para entretenerse, contempló unos programas de televisión. El trabajo en los campos de "rubynita" era duro y todavía le duraba la fatiga, así que volvió a dormirse de nuevo.

Cuando desportó, era de día claro. Zenla no había hecho aún acto de presoncia.

Desayunó. Leyó las últimas noticias en el televisor de onda

terrestre. Pasó una hora.

Zenla no volvía. Keddar empezó a sentirse nervioso.

De pronto, al mirar a través de una de las lucernas, divisó un aeromóvil que se disponía a tomar tierra en las inmediaciones de la astronave.

-Menos mal -respiró aliviado-. Ya está ahí.

CAPITULO IV

La puerta del aeromóvil se abrió y dos hombres saltaron al suelo. Keddar se disponía a salir para recibir a la joven, pero retrocedió vivamente, alarmado por la presoncia de los desconocidos.

Uno de ellos era portador de un aparato, que sostenía con ambas manos. Una antena con rejilla que oscilaba rápidamente salía de una de sus esquinas, 1o que dijo a Keddar que se trataba de algún detector.

El otro sujeto llevaba en las manos un pequeño maletín. De pronto, el que llevaba el detector se detuvo y exclamó :

-Ya la he localizado.

-Estupendo -contestó .el otro-. ¿Dónde colocamos el artefacto?

-Ahí. -Una mano señaló unas matas-. No conviene que lo pongamos bajo el vientre de la .astronave porque sus aparatos de detección delatarían su. presoncia de inmediato.

-Entiendo, ella explorará la nave, pero no recelará de unos arbustos situados a veinte metros.

-Justamente. Anda, colócalo ya.

El del maletín se arrodilló, lo abrió y sacó un tubo de unos quince centímetros de diámetro, por cuarenta de largo, escondiéndo1o entre los arbustos. Acto seguido, se puso en pie.

-¿Será suficiente? --consultó, dudoso.

El otro se echó a reír.

-La espoleta se activará apenas la nave intente despegar --contestó-. Realmente, no le causará muchos daños, pero sí provocará graves .averías en los sistemas de propulsión subespacial. Entonces, se producirá una especie de contracción en el espacio y la astronave se irá al infierno.

-Comprendo. -El otro se pasó una mano por el cuello-. Oye, hace mucho calor.

-Sí, pero tenemos que irnos...

-No hay prisa, hombre. En todo caso, Ricxart nos avisaría. Recuerda que la está siguiendo paso a paso y nos daría tiempo para escapar de aquí. ¿Por qué no nos damos un baño en el arroyo?

-Bueno, en medio de todo, tampoco es mala idea.

Los dos hombres se alejaron tranquilamente. Ignoraban que Keddar había escuchado la conversación íntegra.

Keddar dejó pasar unos minutos. Cuando vio que los sujetos

estaban ya metidos en el río, abandonó la nave y corriendo agachado, sacó el cilindro de su escondite.

Momentos después, el artefacto se hallaba bajo uno de los asientos del aeromóvil Sin ser advertido Keddar regresó a la nave felicitándose de que los esbirros de Shor hubieran sentido ganas de darse un baño.

Transcurrieron quince minutos. De pronto, Keddar vio que los dos hombres regresaban a la carrera.

-Zenla está ya de vuelta -dedujo.

La pareja entró en el aeromóvil, que inició el vuelo. Apenas un segundo más tarde, se produjo una especie de relámpago plateado.

El vehículo saltó en mil pedazos. Un cuerpo revoloteó siniestramente por los aires y cayó en el suelo.

El otro quedó casi en el mismo sitio. Keddar vio que los dos esbirros habían sido carbonizados instantáneamente, por una fuerza extraña, cuyo origen le resultaba desconocido.

-Ni siquiera tuvieron tiempo de sorprenderse –exclamó Keddar, muy impresionado por lo ocurrido.

******

Zenla se apeó del aeromóvil y contempló estupefacta el espectáculo que se ofrecía a su vista. Keddar surgió de pronto ante ella, abandonando la protección de la nave.

-¿Qué ha pasado? -preguntó la joven.

-Se lo explicaré luego. De momento, 10que nos interesa es largarnos de aquí cuanto antes. Un tipo llamado Ricxart la está siguiendo y no me extrañaría que apareciese por aquí dentro de unos minutos.

-¡Ricxart! -exclamó Zenla, vivamente sorprendida. -El mismo. Vamos...

-Un momento, todavía tengo algunas cosas en el aeromóvil. Ayúdame a trasladarlas, por favor.

-Con mucho gusto.

Keddar sonrió al ver .la guitarra. Luego, cargado con un sinfín de paquetes, siguió a la joven hasta la astronave.

-Apostaría algo a que se ha usado una bomba diamantina -dijo ella, una vez ya en el interior del aparato.

-No sé qué es eso; lo que sí puedo decirle es que se produjo una luz plateada muy fuerte, y que el aeromóvil saltó en mil pedazos -contestó el joven.

-Será mejor que nos marchemos de aquí, en efecto-convino Zenla-. Luego hablaremos, señor.

Zenla se sontó ante los mandos. Había al lado un sillón y Keddar 1o ocupó sin preguntar siquiera.

Segundos más tarde, vieron brillar las estrellas en pleno día.

-Ya estamos en órbita--dijo Zenla-. Dentro de una hora, empezaré la preparación para el salto cuasiistantáneo, que nos llevará a Sittahur en un plazo muy breve.

-¿Cuánto? -quiso saber Keddar.

-Dos, tres horas..., depende de las precauciones que debamos tomar para la llegada.

-¿Y la distancia es de...?

-Alrededor de sesonta años luz.

Keddar sintió que pordía el aliento.

-Es fabuloso -fue lo único que se le ocurrió decir.

-No está mal, en efecto. Pero hábleme de lo sucedido, por favor.

El joven relató el incidente que había culminado con la explosión de la que Zenla llamaba bomba diamantina. Zenla le escuchó con gran preocupación.

-No cabe duda; Shor trata por todos los medios de impedir que lleguemos a Sittahur -dijo, cuando él hubo acabado su relato.

-No parece ser hombre muy leal a su reina -comentó Keddar-. Pero, de todas formas, hay algo que no entiendo.

-¿Que es, sonor?

-¿Por qué no hay un descendiente de Lyssis? Ello resolvería el problema de la sucesión, creo.

-Lo hubo, pero desapareció y no se han vuelto a tener más noticias de él. Naturalmente, no va usted a suponer que Lyssis no fue joven un día y que sintió deseos de contraer matrimonio.

--Lógico por completo. Se casó y...

-El esposo la abandonó. El hijo creció a su lado, pero al cumplir los veintidós años, es decir, cuando ella contaba cuarenta, se marchó también y nunca se ha vuelto a saber de él.

-Un drama, vamos -dijo Keddar.

-Para ella, por supuesto. Sólo debido a que es una mujer de gran carácter, pudo soportar el golpe. De otro modo... Bien, no se puede decir lo que habría sucedido, porque como no ha ocurrido, es inútil toda especulación al respecto.

Keddar se puso pensativo de pronto.

-El hijo la abandonó cuando ella tenía cuarenta años, es decir, hace ciento ochenta -calculó-. Estamos en dos mil trescientos veinticinco, tiempo terrestre, claro, de modo que eso ocurrió en dos mil ciento cuarenta y cinco.

-Según el calendario de la Tierra, claro. El de Sittahur es distinto, aunque sólo en las fechas. La duración de los días es muy aproximada.

-¿Por qué la abandonó el hijo?

. -Por los mismos motivos que el padre: les resulba imposible

soportar el férreo protocolo palatino. Ahora, al cabo de estos años, se ha suavizado considerablemente...

~ -¿No será que era a ella a quien no podían soportar?

-¡Señor! -exclamó Zenla indignada-. Le ruego evite todo comentario denigrante para Su Majestad.

-Oiga, a ver si uno no puede decir cosas de su futura esposa -protestó él-. ¡Hasta ahí podíamos llegar, caramba! Y si yo no le gusto como marido, que me devuelva...

-A un campo de "rubynita".

Keddar mascu1ló una interjección.

--Estoy atrapado -admitió, aunque furioso.

-Así es -confirmó Zenla-. Además, Lyssis quiere que sea usted y no otro su marido.

--Un capricho de vieja neurasténica.

-Sí, pero cediendo a ese capricho, la Tierra obtendrá el ansiado tratado para el suministro de rubíes sittahurianos.

******

Zenla abandonó momentáneamente el puesto de mando, ya que la nave se gobernaba ahora por el piloto automático. Al cabo de unos momentos regresó, completamente transformada.

La túnica había sido sustituida por unos pantalones largos, ajustados como una segunda piel a sus caderas y a sus piernas. El color del tejido era plateado y los pantalones, que formaban una sola pieza con los zapatos de medio tacón, quedaban sostenidos por dos tirantes delanteros, que se unían detrás del cuello. Los tirantes eran un poco anchos, 1o justo para cubrir completamente los sonos de la joven, de porfecta curvatura.

Keddar estaba atónito. El aspecto de Zenla había cambiado radicalmente.

-Oiga, está usted... Bueno, no se puede expresar con palabras -dijo.

Zenla sonrió, visiblemente halagada.

-Es uno de los últimos modelos terrestres -contestó-. No pude resistir la tentación de comprármelo.

-Entonces, se quedó para ir de tiendas.

Zenla suspiró:

-Lo admito. ¡Hay tantas cosas bonitas en su planeta!

-Pero no rubíes como la cabeza de un hombre.

-Eso sí es cierto. Sin embargo, gracias a los rubíes, nosotros obtendremos muchas cosas de .las que ahora carecemos, y no sólo objetos suporfluos, sino obras de arte de todas clases, conoceremos la cultura terrestre, viajaremos más... En fin, no sólo para la Tierra será un tratado beneficioso.

-Comprendo -sonrió Keddar.

-Y también dispondremos de plantas de energía irradiante, de las que carecemos. Hemos conseguido naves capaces de alcanzar velocidades inconcebibles, pero, sin embargo, no hemos 1ogrado disponer de ese fantástico medio de fuerza que es la energía irradiante.

-Para nosotros, evidentemente fue una solución, puesto que sustituyó a todos los medios de transporte de energía. Sin embargo, no me pregunte muchas cosas sobre ese tema, porque, prácticamente, lo ignoro todo.

--Oh, no es que yo sepa gran cosa, pero, sin embargo, sí lo suficiente para decirle que llegar a la energía irradiante, del modo en que desarrollaron ustedes su civilización, era algo inevitable.

-¿Usted cree?

-Por supuesto. Tras la etapa de señales ópticas y de mensajeros a caballo y hasta de palomas mensajeras, ustedes consiguieron la telegrafía. El siguiente paso, fue la telegrafía sin hilos, es decir, la radio. Después lograron la transmisión inalámbrica de imágenes, lo que, junto con el sonido, compuso la televisión. Si transmitian ya imágenes y sonido, ¿por qué no transmitir también la energía?

-Eso es verdad -convino Keddar.

--Y un día, aunque todavía está lejano, llegaremos, unos y otros, a la transmisión instantánea de la materia, tanto orgánica como inorgánica -aseguró Zenla con gran énfasis.

CAPITULO V

Tres horas después, algo centelleó con diversas alternativas en uno de los paneles del cuadro de mandos. Zenla contempló atentamente las señales recibidas y, cuando el centelleo cesó, movió unas cuantas teclas.

Luego se volvió hacia el joven, quien, arrellanado en un cómodo butacón, rasgueaba indolentemente las cuerdas de su guitarra.

--He recibido un mensaje. Me dicen que debemos esporar -manifestó.

-¿Alguna novedad? -preguntó Keddar.

-Parece que el momento no es el más adecuado para el aterrizaje. No he recibido más detalles, pero estimo que debo hacer caso al mensajero.

--Alguien de confianza, por supuesto.

--Sí -confirmó Zenla-. ¿Qué está tocando, señor?

-Nada. Son... notas que compongo un poco al azar.

-¿Compone canciones propias?

-A veces. Pero también interpreto música ajena.

-A Lyssis le gustará escucharle, señor.

Keddar sonrió.

-Hubo, en cierta ocasión, quien me rompió la guitarra en la cabeza -manifestó-. Decía que estaba harto de mi música.

-Tenía mal genio, ¿eh?

-Insufrible. Pordí la guitarra, es cierto, pero, a cambio de ello, ya no la he vuelto a ver más, 1o que no deja de ser una ventaja.

-Es usted un hombre de buen humor. ¿No 1o pordió ni cuando estaba preso?

-No me hable de esas seis semanas de infierno -refunfuñó él-. Cometieron una injusticia conmigo.

--Todos los condenados dicen lo mismo –contestó ella con sorna.

-En mi caso… Pero, bueno; ¿para qué vamos a hablar de ese asunto? Dígame una cosa, Zenla. Supongamos que la vida de Lyssis se hubiese desarrollado de un modo normal, quiero decir que hubiese continuado viviendo con su esposo y su hijo. ¿Cuál de ellos sería el heredero del trono?

-Ninguno de los -respondió Zenla sorprendentemente--. El hijo, por descontado, se habría casado y tenido descendencia, y así sucesivamente, pero el heredero del trono hubiera sido el último descendiente vivo en el momento del fallecimiento de la reina, siempre que tuviese veinte años de edad, como mínimo.

-Es decir, si su hijo se hubiera casado en la época en que la abandonó…

-Como ocurrió hace unos ciento ochenta años, son seis o siete generaciones presumibles las que habría producido ese supuesto enlace. El descendiente que porteneciera a la sexta o séptima generación, sería ahora el presunto heredero, suponiendo que Su Majestad falleciese ahora.

-Pero como tiene aún cincuenta años de vida por delante, todavía quedarían dos generaciones más.

-Especulativamente, así sería, desde luego -concordó Zenla.

-¿Sabe usted el nombre del hijo que abandonó a su madre? .

-Uokrai Ohu-Yahn.

Las cuerdas de la guitarra emitieron un desafinado acorde. Zenla miró sorprendida al joven.

-¿Qué le ocurre? -preguntó.

-Nada. Me pareció que había oído ese nombre en alguna parte, simplemente.

-Es imposible. ¿Cómo pudo haberlo oído, si Oukrai jamás estuvo en la Tierra?

-Eso es lo que yo me digo, Zenla. Oiga, a propósito, todavía no me ha dicho quién es Ricxart. Cuando yole cité ese nombre, usted pareció muy sorprendida.

-Tenía motivos para ello, señor. Ricxart es el primer ayudante

del coronel Yunmor T-I.

-Y, ¿quién es T.I?

-El secretario privado, y brazo derecho de Br'toyShor.

-Por tanto, T-I y Ricxart, luchan para que Shor se convierta en rey consorte.

-Por todos los medios -contestó Zenla sombríamente.

-Las cosas no van a ser fáciles. Cuando viva en palacio, tendré que usar catavenenos.

-¿Cómo?

-Los reyes y príncipes de la antigüedad terrestre,tenían a su servicio, además de los guardianes y soldados de su escolta, a unos sujetos que se encargabande probar la comida y la bebida antes que ellos. Si vivían..., el rey o el príncipe podían comer y beber con tranquilidad.

-Y si no, el catavenenos le libraba de la muerte.

-Así es, hermosa.

Zenla se quedó muy pensativa unos momentos.

-Es lastimoso que ocurran cosas así --dijo-. No es que Sittahur haya sido siempre un mundo idílico, pero hacia ya muchísimos años que vivíamos en paz. Pero, sobre todo, pocas veces se habían dado casos como el presente.

-Los habitantes de Sittahur son tan humanos como los terrestres -contest6 Keddar sontenciosamente-. La ambición y la codicia son sontimientos completamente lógicos allá donde pueda haber seres humanos.

Una lámpara centelleó de pronto en el cuadro de mandos.

-¡La. señal! -exclamó Zenla.

-¿Podemos aterrizar?

-Sí, pero lo haremos en un lugar discreto del parque que rodea al palacio real y, además, de noche. Rado nos esporará para guiarnos hasta las habitaciones de Su Majestad.

-Rado es algún hombre da confianza, ¿verdad?

-El secretario administrativo de Su Majestad y un hombre de absoluta fidelidad -contestó Zanla.

******

La oscuridad era absoluta, cuando Keddar y Zenla salieron de la nave, pisando un suelo fresco y herboso. Brillaban las estrellas en el cielo, unas constelaciones de formas muy distintas a las que se observaban desde 1a Tierra y, a 1o lejos, en un plano inferior, se divisaban las luces de la capital de Sittahur XI.

Por 1o poco que podía ver en aquellos momentos, el palacio, cuya pétrea mole se divisaba a poca distancia, se elevaba sobre una colina de amplia base, en la que se hallaba el parque, abundante en césped y arbolado. El palacio era una construcción maciza, cuadrada,

sin grandes alardes ornamentales en su exterior. La sobriedad era la nota principal en sus líneas arquitectónicas.

Zenla se detuvo irresoluta y miró a su alrededor.

-Extraño -comentó.

-¿Qué es 1o que encuentra de extraño? –preguntó Keddar.

-La ausoncia de Rado. Debería haber salido a recibirnos…

-En todo caso, ¿no podremos entrar en palacio sin su ayuda?

-Por supuesto, pero me habría gustado que nos facilitase alguna información, sobre todo, de 1o que haya podido pasar durante mi ausoncia.

--Quizá se ha retrasado, Zenla, pero una cosa es segura: a mí me parece que no podemos pasarnos aquí el resto de la noche.

-Sí, es cierto. Vamos.

Echaron a andar. A los pocos pasos, Zenla tropezó con algo y rodó sobre el césped, lanzando un ligero grito al mismo tiempo.

Keddar se apresuró a ayudarla a levantarse. Entonces fue cuando vio el bulto inmóvil que yacía en el suelo.

Todavía arrodillada, con las manos apoyadas en la hierba, Zenla emitió un agudo gemido:

-Señor, es Rado -dijo, refiriéndose al cuerpo humano que tenían a pocos pasos de distancia.

Keddar lanzó una maldición.

-Le han debido de golpear --supuso, y se arrodilló junto al caído, para ver si podía desportarle--. Vamos, Rado, haga un esfuerzo...

Agarró al secretario por los hombros y lo incorporó un poco, pero la cabeza se quedó en el suelo.

Keddar soltó aquel cuerpo en el acto, como si se hubiera tratado de una serpiente venenosa. A Zenla casi le dio un ataque de nervios.

-No grite -dijo él, todavía sin reponerse de la impresión sufrida-. Le han cortado la cabeza, así de sencillo.

Zenla temblaba convulsivamente. Keddar pensó que era una broma macabra dejar aquel cadáver en el suelo, con la cabeza pegada al tronco y un pañuelo cubriendo el cuello, para que no advirtieson la decapitación sino hasta el último momento.

La joven inspiró profundamente.

-No entiendo por qué le han asesinado...

-Es muy sencillo, hermosa. Rado pertenecía al partido opuesto a Shor.

-Pero, ¿sólo por eso?

-Si yo muero, Shor quedaría libre para casarse con la reina, ¿no es así?

-Su Majestad no cedería. Aprecia mucho a Shor y estima que

sus servicios como primer ministro son inapreciables, pero no le considera candidato para esposo.

-Bueno, bueno, hay muchas maneras de obligar a una anciana a que cambie de opinión. Si yo fuese Shor y quisiera casarme con Su Majestad, tenga por seguro que lo conseguiría sin grandes esfuerzos.

. -¿Lo cree así?

-Sólo tendría dudas de mi triunfo si tuviese enfrente a un tipo llamado Theo Keddar. Pero si Theo Keddar no estuviese en Sittahur, yo, Shor, mañana mismo seria el esposo de Lyssis XXXVII.

Zenla reflexionó unos momentos. Luego dijo:

-Quizá Rado nos dejó alguna pista, señor.

-Eso ya es cosa de mi incumbencia -contestó Keddar.

Pero el registro de las ropas del cadáver no dio ningún resultado.

-Le han limpiado los bolsillos a conciencia -dijo, al terminar.

-Bien, en todo caso, no podemos pormanecer aquí indefinidamente, señor -manifestó ella-. Debemos dirigirnos cuanto antes a la habitaciones de Su Majestad, a fin de que conozca nuestra llegada.

-Una decisión muy razonable --aprobó él.

Repuesta ya, Zenla echó a andar y Keddar la siguió, puesto que no conocía aquellos parajes. La joven llegó al fin a un determinado punto del muro y tanteó con las manos aquella lisa superficie.

De pronto, parte del muro cedió, dejando ver una negra abertura.

-Un pasadizo secreto, ¿eh? -comentó Keddar.

Zenla hizo un gesto de asentimiento. Sacó de su bolso una diminuta linterna y, ayudada por el débil resplandor, echó a andar hacia una escalera de caracol que se divisaba a muy corta distancia.

Keddar calculó que habían ascendido cosa de unos cinco o seis pisos, cuando, al fin, salieron a un ancho corredor, discretamente iluminado. Al fondo, se divisaba tina gran puerta ricamente adornada, a ambos lados de la cual montaban guardia dos soldados armados.

El joven contempló el extraño uniforme de los soldados, los cuales, si bien llevaban pendientes de sus cinturones aquellas mortíferos tubos, que ya había tenido ocasión de conocer, usaban también, probablemente más como elemento decorativo, unas larguísimas lanzas, terminadas en un afilado hierro de bordes aserrados en forma de hoja. Pero las lanzas, en determinadas circunstancias, también podían inferir heridas mortales.

-Sígame, señor –indicó la joven.

Dieron unos pasos. De pronto, se abrió una puerta y un par de hombres, uno de ellos, vestido con singular elegancia, aparecieron ante los ojos de la pareja.

La sorpresa de la otra pareja no fue menor que la de los recién llegados. Uno de los desconocidos sonrió.

-Creo que puedo darle la bienvenida a palacio, Zenla de Ophayl -saludó.

-Es un placer para mí verle de nuevo, señor primer ministro -contestó la joven.

CAPITULO VI

"Conque éste es el famoso Shor", pensó Keddar, en tanto contemplaba al primer ministro, un hombre de regular estatura, cuerpo más bien obeso y mirada que sólo aparentemente era insegura. Las pupilas de Shor tenían un brillo que no se podía calificar precisamente como de indecisión.

Zenla añadió:

-Tengo el gusto de presentarle al señor Timothy Keddar, futuro rey consorte. Señor Keddar, le presento al honorable primer ministro de su Majestad, Br'toy Shor. Su acompañante es el coronel Yummor T-I.

Los dos hombres se inclinaron respetuosamente, Y murmuraron unas palabras, con las que expresaron la satisfacción que les producía conocer al terrestre.

-Para mí, será un honor convertirme en el más devoto servidor del esposo de Su Majestad –aseguró Shor.

-Gracias, señor primer ministro. La señorita de Ophayl me ha hecho grandes elogios de usted y de su ayudante--contestó Keddar.

-Zenla es sumamente benigna con nosotros –sonrió el ministro-. Pero, por favor, imagino que estarán ansiosos por saludar a Su Majestad. Precisamente he hablado yo con ella hace unos momentos y me ha preguntado si tenía noticias de ustedes.

-Ahora mismo iremos a verla, señor -dijo Zenla-. Con su permiso.

Shor y T-I volvieron a inclinarse cuando el joven pasó por delante de ellos. Keddar caminó sintiendo en la nuca algo parecido al contacto de un bloque de hielo.

Shor le estaba mirando, seguro, y su mirada, pensó Keddar, daba escalofríos, aunque uno estuviese vuelto de espaldas a él.

Los dos .jóvenes llegaron ante la puerta.

-Anuncien a Su Majestad que han llegado dos viajeros procedentes del planeta Tierra -pidió la muchacha a los centinelas.

Uno de los soldados habló a través de un interfono, hábilmente disimulado en la pared. A Keddar no dejó de extrañarle el hecho de que, pese a la hora, ya cerca de la madrugada, Lyssis pudiera estar despierta todavía.

-Duerme muy poco -explicó Zenla-. Cuando se tiene sus años, la necesidad del sueño no es tan apremiante como en la juventud.

-Sí, el insomnio de la sonectud -murmuró Keddar, pensando en que si todo iba bien, tendría que vivir cincuenta o más años al lado de un Matusalén con faldas.

"Pero, peor sería volver a un campo de”rubynita”, se dijo, cuando un soldado abrió la puerta, indicándoles que Su Majestad estaba dispuesta a recibirles.

-Un protocolo muy sencillo -comentó Keddar, al cruzar el umbral.

-Para sus allegados, pero, sobre todo, para usted, es lógico que no haya protocolo -contestó ella.

Cruzaron la antesala, decorada con singular lujo, y pasaron a una sala de grandes dimensiones, en la que reinaba una cálida temporatura. La reina estaba sontada en un enorme sillón, rodeada de almohadones.

-Bienvenidos ambos. -saludó con voz cascada-. Zenla, gracias por haberme traído a mi futuro esposo.

******

Zenla hizo una profunda reverencia. Keddar inclinó la cabeza.

-Señora -dijo respetuosamente.

Lyssis le miraba con gran atención. Keddar vio delante de si a una mujer viejísima, de largos cabellos blancos, cubierta de pies a cabeza con una túnica de espeso tejido y vivos colores. En torno a su cuello, cubierto por el de la túnica, que le llegaba a las orejas, tenía un grueso collar de eslabones de oro y piedras preciosas, de varias vueltas.

-De modo que este es el hombre que yo he elegido para esposo -dijo Lyssis, pasados unos instantes de silencio.

-He tenido ese inmerecido honor, Majestad -contestó Keddar.

-Eres muy arrogante, Theo -elogió ella- .Zenla, ¿te gusta?

La muchacha se ruborizó profundamente.

-Señora -dijo sobresaltada.

Lyssis sonreía maliciosamente. .

-Theo es un hombre muy arrogante, tal como yo lo había soñado -dijo-. Pero la edad no pordona -añadió, con un suspiro-. En mi juventud, yo era muy ardiente, muchacha.

Keddar tosió un par de veces. Miró a Zenla de reojo y la vio ruborizada hasta las orejas.

-Está bien -dijo Lyssis-. Zenla, ahí tienes vino; sirve un par de copas para celebrar vuestra llegada. -Miró al joven-. Los años dan experiencia en todos los sentidos, pero privan de algunos goces corporales. Mis médicos me han prohibido el alcohol.

-Vamos, vamos, señora, una copita no sienta mal nunca, siempre que se beba con moderación -sonrió Keddar.

Y se acercó a la mesita, para llenar él mismo las copas, una .de

las cuales entregó a Lyssis.

-Beba, Majestad -invitó.

La anciana sonreía maliciosamente.

-Cuando lo sepa mi médico, le va a dar un ataque-dijo, de buen humor.

-A los médicos no hay que hacer les nunca demasiado caso. Es una profesión demasiado pesimista, señora.

Lyssis lanzó una leve carcajada. Tomó un pequeño sorbo de vino y devolvió la copa al joven.

-A pesar de todo, sé que no me conviene -dijo-. Gracias a los dos, muchachos. Podéis retiraros a descansar; a ti, Theo, Zenla te enseñará tus habitaciones privadas.

-Gracias, señora, pero, si Su Majestad no tiene inconveniente me gustaría quedarme a charlar unos minutos a solas con usted.

Lyssis arqueó las cejas.

-¿Tienes algo importante que decirme, Theo? -preguntó.

--Simplemente, deseo conocer mejor a mi futura esposa -respondió Keddar-. Por ello deseo quedarme a solas con Su Majestad.

Lyssis titubeó unos momentos. Luego movió ligeramente la mano.

-Puedes retirarte, Zenla -indicó-. Gracias por todo.

-Sí, Majestad.

La joven se marchó, tras una profunda reverencia.

Al cabo de unos instantes, Lyssis dijo:

-¿Y bien, Theo? ¿Qué es lo que tienes que decirme?

El joven se acercó a un amplio ventanal, partido en dos por una esbelta columna, el cual quedó al descubierto después de descorrer las cortinas. El antepecho no era demasiado alto y Keddar pudo asomarse con comodidad hacia afuera.

-Tengo ganas de que sea de día, para contemplar el magnificiente espectáculo del parque, señora –dijo con acento intrascendente.

-Es bonito, pero tengo entendido que en tu planeta hay paisajes muchos más hermosos. ¿Has tenido un buen viaje?

-No puedo quejarme, señora...

---Llámame Lyssis, por favor --rogó ella-. A fin de cuentas, vas a ser mi esposo y debemos tutearnos.

-Bien mirado es una buena propuesta -Keddar corrió las cortinas y se separó del ventanal-. ¿Serán muy fatigosas las ocupaciones de mi cargo? -preguntó.

-Has traído la guitarra, creo -dijo Lyssis intencionadamente.

-Sí, luego diré a Zenla que me la envíe.

Keddar hablaba sin cesar de pasearse con aire natural por la estancia. El lugar que ocupaba Lyssis estaba entre dos ventanales, uno

de los cuales había ya examinado.

-Aparte de distraerme, claro, podrás salir y divertirte, siempre que lo hagas sin escándalo -dijo .Lyssis-. Aquí somos muy tolerantes pero es preciso pensar siempre en el rango de cada cual.

-Entiendo -contestó él.

Y, de súbito, se volvió hacia las cortinas y golpeó con toda la potencia de su brazo.

Alguien emitió un gruñido, más de sorpresa que de dolor. Casi en el acto, se oyó un extraño ruido y luego, el alarido de pánico de alguien precipitado inopinadamente al vacío.

Keddar descorrió los cortinajes de un manotazo y se asomó al ventanal. Abajo, a unos treinta metros de distancia, entrevió un cuerpo que yacía inmóvil.

Lyssis emitió un breve grito de protesta:

-¡Qué has hecho, Theo?

-Nada, Lyssis- contestó Keddar, volviéndose hacia la mujer-. Simplemente he procurado que nuestra conversación se desarrolle auténticamente a solas.

Keddar se acercó paso a paso a la anciana, quien se echó hacia atrás temerosamente.

-¡No te acerques más o llamaré a mis guardias!-amenazó Lyssis.

Keddar sonreía de un modo extraño.

-¿De veras? -contestó-. Bien, anda, llámalos... Y puede que a ellos les guste saber por qué una extraña desempeña el papel de la auténtica Lyssis XXXVII.

Y, de súbito antes de que la mujer pudiera aprestarse a la defensa, Keddar agarró sus blancos cabellos y dio un fortísimo tirón.

Se oyó un quejido de pánico. El pelo y una máscara que representaba fielmente las facciones de Lyssis fueron arrojados a un lado. La cara de una mujer joven y bastante agraciada quedó inmediatamente al descubierto.

******

La joven se encogió temerosamente en su asiento.

--No.., no me hagas nada.., -pidió, llena de temor.

-Ponte en pie y quítate esos ropajes -ordenó Keddar.

Ella obedeció, despojándose de la pesada vestimenta, bajo la cual llevaba solamente un sujetador y unos breves pantaloncitos. El cuerpo, apreció Keddar, estaba muy bien conformado y correspondía al de una mujer joven, cuya edad no alcanzaba a los treinta años.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Keddar.

Yas'la U-I -respondió ella, roja como una guinda.

-Te han educado para desempeñar el papel de Lyssis, ¿no es así?

Yas'la hizo un gesto de asentimiento.

--Me obligaron -dijo.

-Tu apellido es bastante parecido al de un tipo que me han presentado hace muy poco. Me refiero al coronel Yummor T.I. ¿Tienes alguna relación con él?

-Sólo la de un lejano parentesco, pero nunca nos habíamos relacionado ni nos habíamos visto hasta que vinieron a buscarme.

-¿Quiénes, Yas'la?

-El Yummor, y otro oficial, al que no conozco. Yummor me dio instrucciones...

-Y te hizo aprender innumerables detalles de la vida íntima de Lyssis, ¿no es verdad?

Yas'la hizo un gesto afirmativo.

-Me amenazaron con matarme si no obedecía... Pero, ¿qué harás tú ahora, puesto que lo has descubierto todo? -consultó.

Keddar reflexionó unos instantes.

-La duda estriba en si Lyssis ha muerto o no –dijo al cabo.

-Creo que no -declaró Yas'la-, aunque tampoco podría asegurarlo.

-Yo me inclino a pensar que está con vida, bien escondida en algún sitio desconocido, salvo para unos cuantos. ¿Lo sabes tú, Yas'la? -preguntó él.

-No. Sin embargo, creo que hay una persona que podría decírtelo, porque no se lo preguntarás a Yummor, me imagino.

-Eso es obvio, Yas'la. ¿Quién es esa persona?

-Havviva Ee-Dhag, la amante de Yummor. Yo trabajaba en su taberna y allí es donde vinieron a buscarme.

-No es mala información -sonrió Keddar-. ¿Te han prometido algún pago como premio de tus servicios "teatrales"?

Yas'la hizo una mueca.

-Dinero, ¿qué otra cosa podían dar? Pero si me negaba.. .

-Sí, me lo imagino. Dinero o una cuchillada en la garganta -convino Keddar-. ¿Qué harás ahora que te he descubierto? ¿Delatarme?

-¿Me tomas por tonta? Ellos me asesinarían de inmediato.

-En tal caso, tienes que seguir adelante con la comedia, al menos, durante unas horas. Yas'la, quiero protegerte, pero harás justamente todo lo que yo te diga.

-Sí, 'I'heo.

-Ahora me iré a dormir un rato. Volveré más tarde, como si no supiese nada. Tú continúa desempeñando tu papel con toda normalidad, ¿me has entendido?

-Sí -contestó ella..

-Otra cosa. ¿Sabías tú que había un hombre espiándote tras las cortinas?

-Apenas me dejan sola unos instantes -se quejó Yas'la.

---Bien, en tal caso, si te interrogan, di que no te enteraste de nada y que el hombre se cayó accidentalmente, eso es todo.

CAPITULO VII

Pasado el mediodía, Keddar llamó a una puerta. Zenla asomó a los pocos momentos.

--Señor -saludó respetuosamente.

-Quiero hablar con usted, por favor.

Zenla vio algo en los ojos de Keddar, que la hizo echarse a un lado inmediatamente.

-Sí, señor.

Keddar entró y cerró la puerta. Entonces, antes de que Zenla pudiera decir algo, sacó un papel y se 1o enseñó.

Decía el papel:

¿HAY MICRÓFONOS SECRETOS EN SUS HABITACIONES?

No -contestó Zenla.

Impasible, Keddar sacó otra cuartilla.

¿ESTA USTED SEGURA?

-Por supuesto -respondió Zenla-. Vea, señor.

Y le enseñó un bonito medllón. con su cadena, el cual se colgó inmediatamente del cuello.

-Está en funcionamiento -dijo-. Interfiere cualquier sistema de escucha en un radio de cincuenta metros. Sólo por medios acústicos corrientes podrían escuchar lo que hablamos, pero, en el momento en que empleen la electricidad, para amplificar la recepción, el interferidor actuará y los espías ya no podrán oír nada.

-¡Magnífico! No sabe el peso que me quita de encima, Zenla.

-Lo celebro, señor, pero, ¿qué es lo que sucede?

-Su Majestad ha sido secuestrada.

Zenla abrió los ojos desmesuradamente.

--¡Imposible! -exclamó-. Hace escasamente diez minutos que he estado con ella...

-Lyssis ha sido secuestrada hace más tiempo, quizá días -aseguró Keddar-. Yo lo descubrí esta madrugada y he tenido una plena confirmación de ello.

-Me siento anonadada--. Zenla se sentó en una silla, incapaz de sostenerse sobre sus piernas-. La habrían asesinado -aventuró.

-¿Por qué iban a hacerlo? El doble de Lyssis vive todavía. Br'toy se casará con Lyssis y luego la asesinará y también a su doble. Pero aquí, en palacio, no se puede celebrar la boda, porque Lyssis no quiere ser su esposa. En tal caso, esa boda, tras forzar la voluntad de Su Majestad, se efectuará en alguna otra parte, Naturalmente, con los suficientes testigos para que no quede duda... Luego, Lyssis morirá...,

y nadie sabrá nunca dónde ha sido enterrada. Y, al cabo de un tiempo, la doble morirá también. Sencillo, ¿verdad?

-Diabólico -calificó la muchacha.

-Hay, sin embargo, una probabilidad de que yo averigüe el lugar donde está escondida Lyssis. Pero necesito algo que no tengo.

-¿Qué es, señor?

-Moneda sittahuriana.

-Comprendo. Le daré cinco mil unidades, es todo cuanto tengo por el momento...

-¿Cuánto vale un litro de vino en Sittahur?

Zenla se sorprendió de la pregunta.

-Un séptimo de unidad ---contestó-. Nuestras unidades de monedas se dividen cada una en siete fracciones…

-Lo preguntaba para hacerme cargo de los precios que rigen aquí. Además, en el lugar adonde voy a ir esta noche puedo consumir bastante vino. ¿Ha oído hablar de la taberna de Havviva Ee-Dhag?

-Sí, es uno de los lugares más elegantes de la capital.

-Bien, tal vez Havviva me diga algo. ¿Sabe?, es la amante del coronel Yummor T.I.

-Me siento atónita. ¿Cómo ha averiguado usted tantas cosas en tan poco tiempo?

Keddar lanzó una risita.

-Parece que ya no se acuerda de mi profesión -contestó.

-Es cierto -admitió Zenla-. ¿Piensa ir solo? Yo podría acompañarle...

-Hermosa, este asunto es para un hombre con experiencia policial y, a poco enterada que esté usted de mis antecedentes, recordará que yo fui un buen oficial de Policía antes de ir a parar a un campo de "rubynita". Por tanto, iré solo, ¿entendido?

-Sí, señor.

-Además, tengo que hacerle todavía un par de preguntas...

Minutos más tarde, Keddar estaba dispuesto para abandonar la estancia. Antes de salir, sin embargo, se apoderó del medallón interferidor.

-Puedo necesitarlo -dijo.

-Un momento, señor -pidió Zenla.

Keddar se volvió hacia ella.

-Dígame, preciosidad -sonrió.

--¿Cómo supo usted que Yas'la, era sólo un doble de Su Majestad?

-Las manos de Yas'la no tienen arrugas -contestó él significativamente.

Cuando abría, oyó un "jOh!" de sorpresa. Con paso intrascendente, Keddar se dirigió a las habitaciones de la que

desempeñaba el papel de Lyssis XXXVII.

******

Apenas hubo franqueado la puerta, Keddar examinó los ventanales, contemplado con curiosidad por Yas'la, quien de nuevo llevaba puesta aquella máscara que la convertía en Lyssis. Al cabo de unos instantes, se volvió hacia la impostora.

-No hay nadie -sonrió. --¿Te han dicho algo del espía muerto?

-Sí, pero les contesté lo que tú me dijiste...

-¿Han sospechado algo?

-Juraría que no, pero..., ¡había que oír a Yummor!

Keddar se echó a reir.

-Me lo figuro -contestó-. Yas'la, quiero ayudarte.

-Sí, te lo agradeceré infinito. A cada minuto que pasa, siento más miedo, créeme.

-No es extraño--. Keddar sacó un trozo de papel de uno de sus bolsillos--. Lee y apréndete de memoria esta dirección. Si yo te aviso mediante la contraseña que te diré ahora, escapa inmediatamente y escóndete ahí hasta que haya pasado la tormenta. ¿Has comprendido?

-Si. ¿Cuál será la contraseña, Theo?

-Yo te diré por radio o por cualquier otro medio, incluso personalmente, que te voy a cantar la canción titulada: “Flores amarillas y hierba agostada”.

Yas'la repitió el titulo. Luego hizo un gesto de asentimiento.

-De acuerdo -contestó-. ¿Cuándo piensas ir al local de Havviva?

-Esta misma noche -respondió él sin vacilar--. Anda, apréndete la dirección que te he dado.

Yas'la estudió unos instantes las palabras escritas en el papel. Luego se lo devolvió al joven.

-No se me olvidará -aseguró.

Keddar miró sus manos.

-Veo que Yummor ha reparado su descuido -dijo.

--Sí, se lo dijo yo, mostrándome falsamente aprensiva. Comenté que me había parecido que tú mirabas mucho mis manos. Se puso lívido.

-Eres una buena chica -rió Keddar-, Pero no temas, saldrás bien de este asunto.

Se inclinó hacia ella y la miró fijamente.

-Lástima de máscara -se quejó-. El beso, ahora, no puede pasar de protocolario.

-Sí, es una lástima -concordó Yas'la, suspirando hondamente.

Keddar abandonó la estancia. En la puerta, se encontró con Yummor, quien estaba acompañado de un oficial.

-Señor -dijo Yummor, tras una profunda inclinación.

-Ah, hola, coronel -saludó Keddar desenvueltamente-. No sabe

cuánto me alegro de encontrarme con usted. Eso me evita hacerle una llamada.

-La satisfacción es recíproca, señor. ¿En qué puedo servirle?

-Verá, soy un forastero en Sittahur, pero no tardaré mucho en ser uno más de ustedes. Sin embargo, desconozco muchos de los aspectos de la vida y la historia de este hermoso planeta. Me gustaría consultar bibliotecas, archivos...

-El teniente Sut'i, aquí presente, le acompañará a usted con gran placer, señor -contestó Yummor.

--Mañana, a las diez, teniente -se dirigió Keddar al oficial.

Sut'i se inclinó.

-Estoy a sus órdenes, señor -dijo respetuosamente.

Keddar hizo un gesto con la mano.

-Adiós, coronel; hasta la vista, teniente. -y se alejó, silbando una alegre cancioncilla, que él mismo había compuesto tiempo atrás.

******

-La vida en Sittahur, en ciertos aspectos, no se diferencia demasiado de la terrestre -murmuró Keddar para si, mientras contemplaba, el espacioso interior del local que pertenecía a la amante de Yummor.

Había mujeres muy hermosas, abundaban los clientes y bellas camareras iban y venían por todas partes, sirviendo las mesas. La decoración era muy lujosa, aunque para un terrestre resultase altamente exótica.

Keddar se abrió paso entre el espeso gentío y se acercó a una larguísima barra, donde varias camareras, de formas esculturales y sucinto atavío, se afanaban en saciar la sed de la clientela. Una de las chicas se inclinó hacia él, con gran ostentación de sus innegables encantos.

-¿Señor? -solicitó.

-Una copa de vino. Del mejor -pidió Keddar.

-Al momento, señor.

Mientras le servían la copa, Keddar paseó por el local. Su mano derecha acarició disimuladamente el puñal-ballesta que llevaba oculto por los holgados ropajes que vestía. Zenla le había recomendado que no fuese desarmado.

La precaución, estimó, no resultaba superflua. El tipo sittahuriano difería muy poco del terrestre y en aquel local, se veían algunos individuos, cuya sola apariencia ponía los pelos de punta.

Había también algunos vigilantes del orden, sujetos altos y hercúleos todos ellos, los cuales no permitían el menor alboroto. De pronto, un individuo se acercó a Keddar.

--Señor, tengo el honor de transmitirle un mensaje de la dueña del local -dijo-. Havviva Ee-Dhag se sentiría muy honrada si usted

aceptase tomar una copa en su compañía.

CAPITULO VIII

"Es evidente que Yummor tiene un gusto exquisito", pensó Keddar al encontrarse ante Havviva.

La dueña del local ya no cumpliría los treinta años, pero era muy hermosa y sonreía sugestivamente. Su vestido apenas si ocultaba nada y, para Keddar, aquellos breves ropajes sólo tenían como objeto realzar la escultural silueta de la mujer.

-Es para mí un honor servir una copa de nuestro mejor vino al hombre que pronto va a ser nuestro rey-dijo Havviva, apenas se hubieron quedado a solas.

-No sé cómo agradecerle la deferencia, señora...

-Havviva, por favor -rogó ella incitantemente-. Un rey consorte debe llamar a sus súbditos por el nombre.

-Todavía no me he casado con Lyssis -alegó Keddar.

-Eso es algo que se puede dar como hecho, señor. Su vino -indicó Havviva, a la vez que le entregaba la copa.

Keddar bebió.

-Es mejor que el que me han servido en la barra --elogió.

-Se trata de un vino especial para mis huéspedes... especiales -dijo Havviva, a la vez que se sontaba indolentemente en un diván-. Los visitantes terrestres no son muy frecuentes en Sittahur -añadió.

-Pronto llegarán más. La boda de un terrestre y una sittahuriana no es cosa que ocurra todos los días. El suceso atraerá turistas. Y también comerciantes, por supuesto.

-¿Lo cree usted así, señor? -preguntó ella.

---Suponiendo que se celebre la boda, claro.

-¿Hay obstáculos? Todo parece solucionado, tengo entendido.

-Existen todavía algunas dificultades -contestó Keddar-. Por ejemplo, conocer el paradero de Su Majestad.

Los ojos de Havviva brillaron de un modo especial.

-No entiendo -manifestó.

Keddar depositó la copa, casi intacto su contenido, en una mesita.

-.Lyssis ha sido secuestrada -dijo sin más rodeos-. ¿Dónde está?

-No sé de qué me está hablando...

-Havviva, las mentiras, en nuestro caso, son inútiles. ¿Dónde está la reina?

Hubo un momento de silencio. De pronto, Hayviva se enderezó ligeramente.

-Esté donde esté, tú no la encontrarás jamás -afirmó, a la vez que alargaba la mano hacia un trozo de la pared situado junto al diván.

Y, en el mismo momento, Keddar sintió que el suelo se abría a

sus pies y cayó en lo que le pareció momentáneamente un abismo sin fondo.

******

La caída, sin embargo, fue muy breve. Keddar calculó que la distancia desde la trampilla era de unos cuatro o cinco metros. Pero el sitio contra el que chocó tenía forma muy extraña.

Keddar se incorporó en el acto. Tenía los pies situados sobre un plano inclinado de una forma especial y bajó la vista para enterarse de las peculiaridades del suelo.

Los cabellos se le erizaron de inmediato. La hélice situada bajo sus pies tenía un diámetro de cuatro o cinco metros y estaba provista de seis paletas, de bordes tan cortantes como una cuchilla de afeitar.

El instinto le hizo situarse sobre el eje, de forma cónica, pero con un resalte plano en su parte inferior, como una especie de aro de bordes lisos y de diez centímetros escasos de anchura. El diámetro del eje, en total, medía unos setenta u ochenta centímetros.

Así, con las piernas abiertas, pudo permanecer mientras la hélice iniciaba un giro velocísimo y silencioso, Era un aparato semejante a los trituradores de basura de las astronaves, pero de un tamaño doble, por lo menos.

El movimiento de la hélice duró escasos segundos, "Tampoco se necesita más, para hacer picadillo a un hombre", se dijo Keddar.

Mientras la hélice giraba, Keddar pudo ver, a través de las aspas, un brillo que le pareció como de agua, a ocho o diez metros por debajo de él. Una cloaca o algo por el estilo, dedujo.

Si se trituraba a un hombre con aquel aparato, era lógico que sus restos, pulverizados, fuesen a parar a algún lugar donde se confundiesen con el resto de los detritus de la ciudad. El olor que subía del fondo del pozo, confirmó sus suposiciones.

La hélice se detuvo al fin. Keddar se imaginó que alguien abriría la trampa para comprobar su muerte y, sin pensarlo dos veces, se dejó caer hacia abajo por el espacio situado entre dos de las aspas.

Cerró con fuerza ojos y boca, tapándose, además, la nariz con una mano. Sus pies chocaron contra un fondo limoso y se dejó arrastrar unos metros por la corriente, antes de emerger al exterior y saltar a un camino de ronda, cuyo borde estaba a pocos centímetros del líquido.

Casi en el mismo instante, un chorro de agua cayó con gran violencia de las alturas.

"Están lavando las hélices", pensó.

A los pocos segundos, vio la luz allá arriba.

-No ha quedado ni rastro, señora -sonó una voz de hombre.

-Eso es justamente lo que pretendíamos, Ihorus-contestó Havviva.

La trampilla se cerró de nuevo. Keddar, empapado, metió la mano en el interior de sus ropas.

-Espero que el agua no haya afectado a sus mecanismos -deseó fervientemente.

El aparato de radio funcionaba. Instantes después, escuchaba la voz de Zenla.

-¿Sucede algo, señor? -preguntó la joven.

-Estoy casi debajo de las habitaciones de Havviva. Ella me tendi6 una trampa y yo he tenido que tirarme a una cloaca que pasa justamente por la vertical del edificio. ¿Podría usted consultar un plano de la ciudad para orientarme?

-Por supuesto, pero... ¿Ha sufrido algún daño?

--He tenido suerte -rió Keddar-. No obstante, me gustaría que siguieran en la creencia de que estoy muerto hasta poco antes del amanecer.

-Entiendo, señor. Aguarde unos momentos, se lo ruego.

Transcurrió casi un cuarto de hora. Keddar empezaba ya a impacientarse cuando oyó de nuevo la voz de la muchacha:

-Señor, siga la dirección opuesta a la corriente del agua y gire a la derecha, en el tercer túnel transversal. A unos cincuenta pasos, encontrará una salida discreta.

-Gracias, Zenla. De todas formas, es demasiado pronto todavía para abandonar este seguro refugio. Oiga, ¿quiere usted ayudarme?

-Sí, señor. ¿Qué es lo que he de hacer?

-Venga a esa salida una hora antes del amanecer y tráigase una cuerda y un gancho forrado de tela o algo parecido. Eso es todo.

-Enterada. Una cosa, señor... ¿Aviso a Yas'la?

-Por ahora no; aún no corre peligro. Les interesa que haya una supuesta Lyssis en el palacio; porque si bien saben que yo descubrí la superchería, ahora, creyéndome muerto, no les importará en absoluto que continúe la farsa.

-Entiendo. Hasta luego, señor.

Keddar cortó la transmisión. Luego consultó su reloj, ya ajustado a la hora sittahuriana.

-Las diez y media -se lamentó-. Aguardar en este ambiente apestoso hasta las cinco de la mañana no va a resultar especialmente divertido.

******

Pero el suplicio tuvo su fin y, a las cinco de la mañana, en una calle absolutamente desierta, Zenla roció las ropas del joven con una fina lluvia de perfume.

-Posee usted, además del sentido de la previsión, el del humor -dijo Keddar sonriendo-. No le gustan los acompañantes que huelen mal, ¿verdad?

-Me imaginé que, después de haberse sumergido en la corriente de la cloaca, necesitaría un perfume algo distinto -contestó ella-. He traído el resto de las cosas que me pidió.

-Gracias, Zenla. ¿Se siente usted con ánimos de ver la cara que pone una persona cuando ve aparecer a alguien que cree muerto?

Una ligera sonrisa apareció en los labios de la muchacha.

-No me 1o perdería por nada del mundo, señor -respondió.

-Bien, en tal caso, sígame y haga exactamente 1o que yo le diga, sin tomarse la menor iniciativa. ¿Estamos?

--Sí, señor.

Las calles de la capital estaban desiertas, por lo que pudieron avanzar con rapidez. A Keddar le extrañó no ver patrullas de vigilancia.

-Las hay, aunque no demasiadas -explicó Zenla-. La gente se porta bastante bien en Sittahur.

Minutos después, llegaban junto al edificio en que se hallaba la taberna de Havviva. Keddar rodeó la casa, que era de grandes dimensiones, y buscó la parte posterior, orientándose por los pasos que había tenido que dar en el interior, hasta llegar a las habitaciones privadas de Havviva.

-Aquí es -dijo de pronto, a la vez que miraba hacia una ventana, situada a seis o siete metros del suelo.

Zenla le entregó la cuerda con el gancho. Keddar calculó la altura durante unos instantes y luego lanzó el gancho.

El antepecho de la ventana era bastante ancho. Keddar tanteó los vidrios y, al fin, acabó abriéndola con la ayuda del puñal-ballesta, empleado a modo de destornillador.

Segundos después, apartaba unos cortinajes y se asomaba al interior de la estancia, que se hallaba vacía, alumbrada solamente por una pequeña lámpara. Seguro de que no había nadie allí, por el momento, se volvió y sacó medio cuerpo fuera de la ventana.

-Zenla, agárrese a la cuerda -indicó en voz baja.

-Sí, señor.

La muchacha lanzó una exclamación de sorpresa, al sentirse elevada con increíble rapidez. Cuando llegó arriba, dijo:

-Tiene usted una fuerza increíble, señor. He subido como si me hubieran puesto. un cohete en la espalda.

-Lyssis tuve buen ojo para elegir a su esposo--contestó él, de excelente humor--. Usted no. ha estado aquí antes de ahora, ¿verdad?

-No., señor; jamás se me hubiera ocurrido...

-Alguna vez tenía que ser la primera -dijo Keddar con sorna.

Había dos puertas en el salón. Una de ellas la había usado él para entrar. Lo que había al otro lado de la segunda puerta le resultaba desconocido.

Keddar se acercó a 1a otra puerta. Oyó veces.

-Vamos, pronto -susurró, a la vez que cogía a la joven por un brazo. y se la llevaba tras unas cortinas-. Ocultémonos aquí, Zenla.

Segundes después, dos personas aparecieron en la sala.

-He pasado una noche muy agradable, querida –dijo el coronel T-l.

-Por un doble motivo, supongo -contestó Havviva maliciosamente.

-Imagínate. He estado contigo... y he disfrutado con la noticia de la muerte de ese imbécil terrestre.

-Ha sido una lástima, desde luego; era muy apuesto... Pero los negocios son los negocios, Yummor.

--En eso sí tienes razón, preciosa; no podemos tener sentimentalismos.

Por lo visto, Keddar sospechó algo y vino a verme.

--¿Cómo concibió esas sospechas?

-Yas'la me dijo que el terrestre le miraba mucho las manos. No eran las de una mujer de doscientos años, ¿comprendes?

-Sí. ¿Lo has solucionado?

-Ya está arreglado, no te preocupes.

-Ah, otra cosa Yummor. Keddar vino aquí y, seguro, aunque Yas'la no lo haya declarado, ella le dijo que yo podía conocer el paradero de la reina. ¿No crees que eso es peligroso?

--No. En primer lugar, Keddar ha muerto y, si vino aquí, fue porque seguramente se enteró de que tú y yo somos muy buenos amigos. No olvides que Keddar tenía a Zenla a su lado, quien le facilitaba muchos informes, ¿comprendes? Y, en segundo lugar, Yas'la nos es útil todavía.

-Hasta que se celebre la boda.

-Justamente. Entonces morirá de... un colapso.

Havviva soltó una risita.

-Eres un tío lleno de ingenio -calificó.

--Sobre todo, por quererte a ti -contestó el, mientras buscaba sus labios. Después del beso, añadió-: Y cuando Su Majestad Br'toy I se siente en el trono de Sittahur, yo seré su primer ministro. ¿Te gusta el panorama?

-Encantador -calificó la mujer.

Momentos después, Havviva se quedaba sola. Satisfecha, se acercó a una consola y se sirvió una copa de vino. Pero no llegó a tocarla siquiera con los labios.

-Un panorama encantador, en efecto, sólo que ninguno de los dos podrá disfrutarlo -sonó de repente una voz a sus espaldas.

CAPITULO IX

Havviva se volvió lentamente. En un segundo, su cara se había

puesto gris.

-U... usted... -balbuceó aterrada, al verse frente a alguien a quien creía muerto.

-Zenla, le dije que sería muy atractivo contemplar la cara de esta mujer cuando me viese vivo -sonrió Keddar-. ¿Qué opina?

-Simplemente, que es una lástima que ella no pueda verse en el espejo. Se desmayaría en el acto --dijo Zenla mordazmente.

Havviva inspiró con fuerza. Su cuerpo, de formas opulentas, estaba mal velado por un largo peinador de tejido casi transparente.

-Bien, está vivo -habló al cabo-. ¿Qué es lo que pretende de mí, Keddar?

-Sólo una cosa, Havviva: el paradero de Su Majestad.

-Lo desconozco, no sé dónde está.

-Vamos, vamos, no me diga ahora que ése es un asunto privado de su amigo y del traidor primer ministro. Su lecho, en donde Yummor ha estado hasta hace unos momentos, es muy apropiado para las confidencias intimas de todo género.

Havviva vaciló. Sabia que no podía ocultar la verdad al hombre que tenia frente a si. Sin embargo, se daba cuenta de que debía resistir lo suficiente hasta que alguien viniera en su auxilio.

-¿Cómo consiguió salvarse? -preguntó.

-En la Tierra, cosas como ésta, me ocurrían casi a diario. Tengo una vasta experiencia en caer sobre hélices gigantes.

Zenla soltó una carcajada, que no pudo reprimir.

Havviva la miró furiosa.

-¡Se están burlando de mi! -gritó.

-Esto no es cosa de burla, Aviva--dijo Keddar, muy serio-. Le he hecho una pregunta. Contéstela o aténgase a las consecuencias.

-¿Qué consecuencias?

Keddar se acercó a ella. De pronto, la agarró por un brazo y la hizo dar media vuelta, acercándola a un punto determinado de la habitación.

El suelo se abrió bajo sus pies. Un sordo zumbido brotó del hueco.

-Havviva, tiene cinco segundos exactamente para decirme dónde se encuentra Su Majestad -habló Keddar con voz metálica-. Si no contesta, juro que la arrojaré al triturador.

La mujer temblaba convulsivamente.

-No... -dijo, con un audible castañeteo de dientes-. Lo..., lo diré... Su Majestad está en la Fortaleza de Khat-Vothan...

Keddar volvió la cabeza un poco.

-Zenla, ¿conoce usted ese lugar-? -preguntó.

-Sí, señor -respondió la muchacha.

--Es suficiente. Cierre, por favor.

Zenla accionó los resortes de la trampilla y del triturador. Havviva, todavía con el susto en el cuerpo, estaba completamente desmoralizada.

-Lo pagarán caro... -gimoteó.

-Algunos lo pagarán más caro todavía -dijo Keddar-. Vámonos, Zenla.

Pero no pudieron dar dos pasos. La puerta se abrió súbitamente y un hombre penetró en la estancia.

Havviva lanzó un grito de júbilo que, era, al mismo tiempo, una orden siniestra.

-¡Ihorus! ¡Mátalos, mátalos!

******

El recién llegado se detuvo unos momentos irresoluto, vivamente sorprendido por la presencia de las dos personas en las habitaciones particulares de su ama. El hecho de que Keddar estuviese todavía con vida, le aturdía y desconcertaba.

Pero su vacilación duró escasos segundos. Casi en el acto, se arrojó contra Keddar.

Zenla chilló. Ihorus era una especie de monstruo de casi dos metros de altura y ciento veinte kilos de peso. Havviva sonrió satisfecha.

Los dos hombres forcejearon salvajemente durante unos momentos, golpeándose con saña. Keddar decidió emplear métodos de lucha aprendidos en la Tierra y, de pronto, Ihorus se encontró revoloteando por los aires, sin saber cómo le había ocurrido.

Zen1a había reaccionado ya. Ihorus rodó por el suelo, que, de pronto, se abrió bajo él.

Se oyó un alarido desgarrador. Una hélice gigante cortó aquel grito casi instantáneamente. El ruido de los huesos triturados duró escasos segundos, pero a Keddar se le pusieron los pelos de punta.

Para hacer voltear a Ihorus, se había dejado caer atrás. Estaba poniéndose en pie, cuando, de pronto, sonó un grito de Zenla:

-¡Cuidado, señor!

Keddar se volvió rápidamente. Al hacer1o, ya tenía en la mano el puñal-ballesta que Zen1a le había proporcionado.

Havviva estaba frente a él, apuntándo1e con una pistola lanzarrayos, de boca de diamante. La mitad puntiaguda del puñal se desprendió a la presión de un resorte y vo1ó raudamente, hasta hundirse en el pecho de la dueña del local.

Un angustioso gemido brotó de labios de Havviva al sentirse herida. Soltó el arma y se arrodi11ó, apretándose el pecho con ambas manos. De pronto, cayó de cara, pataleó un poco y murió.

Keddar la contempló en silencio.

--Gracias por el aviso, Zen1a -dijo-. Y por su ayuda al abrir la

trampa.

-Tenía que hacerlo, para proteger la vida del esposo de Su Majestad -contestó ella-. Pero si la reina supiese las aventuras en que nos metemos, ordenaría que nos despellejasen vivos.

Keddar se echó a reír.

--No exagere -dijo-. A fin de cuentas, todo esto lo hacemos por ella. Bien, me parece que hoy el triturador va a funcionar dos veces -añadió.

--¿Va a lanzar el cuerpo de Havviva al triturador?-se estremeció la joven.

--¿Podemos hacer otra cosa? El cuerpo del delito debe desaparecer.

Dicho lo cual, Keddar arrastró el cadáver de Havviva hasta el borde del orificio y lo lanzó sin demasiadas contemplaciones.

Zenla cerró la trampa de inmediato. Keddar se volvió hacia ella.

-Ahora sólo nos queda creer en la palabra de Havviva -dijo intencionadamente.

-No ha mentido; Su Majestad tiene que estar en la Fortaleza de Khat-Vothan --afirmó Zenla.

-¿Por qué está tan segura de ello? -preguntó el joven.

-Es el feudo del primer ministro. Nadie puede entrar allí sin su permiso y no se conoce a nadie que lo haya intentado y luego haya podido regresar vivo.

-Alguien tiene que ser el primero en intentarlo -sonrió Keddar.

-¿Irá usted a rescatar a Su Majestad?

-Es mi futura esposa. Debo intentarlo, Zenla. y no sólo intentarlo, sino conseguirlo.

******

Era ya cerca de mediodía cuando Keddar despertó en el suntuoso lecho de su alojamiento. Tocó un timbre, situado a la cabecera de la cama, y dijo:

-Que venga el teniente Sut'i inmediatamente.

Keddar salía ya del baño, cuando Sut'i se hizo visible. Keddar le dirigió una mirada reprobatoria.

-Teniente, pronto va a dar la una. Yo le cité a usted para las diez de la mañana¡ ¿Lo recuerda?

-Sí, señor.

-En tal caso, ¿por qué no vino a la hora ordenada?-tronó Keddar.

En la cara de Sut'i, un color se iba y otro venía. Balbuceó unas excusas nada convincentes, pero Keddar le atajó en el acto.

-Alguien le habló de mi muerte, ¿no es cierto, teniente?

Sut'i estaba lívido y no acertaba a hablar.

-Le voy a dar un consejo, teniente -continuó Keddar, implacable-. Se ha metido usted en un juego peligroso y la cabeza le huele a pólvora. No sé si estará usted enterado por completo de la conspiración, aunque me temo que sólo una mínima parte… pero es lo suficiente, para que alguien, el peor día para usted, piense que usted puede resultar un estorbo. Como el secretario Rado. ¿Me ha entendido?

Sut'i asintió.

-Yo… el coronel me dijo que usted había muerto... Pero no me dio más detalles... -tartamudeó.

-Prefiero creerle, teniente. De todas formas, y aunque usted me tome por presuntuoso, le diré que en este juego sólo habrá un bando vencedor: el mío.

-Sí..., si, señor.

-Y ahora, basta de charla y vamos al trabajo. Guíeme usted a los archivos de palacio.

-Al momento, señor.

Cuando salían, Keddar puso una mano sobre el hombro de Sut'i.

-Voy a seguir con los consejos, teniente --manifestó--. Yummor le preguntará luego qué es lo que he examinado en los archivos. Dele la respuesta que prefiera, pero no le diga la verdad... O le separaré la cabeza del cuerpo, empleando sólo mis manos.

Sut'i estaba aterrado, porque se daba cuenta de que era un simple peón en un juego de enorme envergadura y terriblemente arriesgado. Pero no podía negarse a obedecer al terrestre.

Fuera de las habitaciones, se encontraron con Yummor T-I.

La cara del coronel, pese a que él pretendía mostrar inexpresividad, era todo un poema. Keddar se le acercó y agarró su mano derecha, oprimiéndola con las dos suyas.

-Valor, amigo mío, valor -dijo, con acento ficticiamente afligido-. Ha sido una pérdida irreparable, pero el tiempo lo cura todo.

Dio dos palmadas en el hombro del coronel y siguió su camino. Detrás de él, Sut'i miró a Yummor y le hizo un gesto, como queriendo darle a entender que la actitud del terrestre le resultaba incomprensible.

CAPITULO X

-Empezaba a temer por usted -dijo Zenla al atardecer, cuando, al abrir la puerta de su alojamiento, vio a Keddar en el umbral.

--He estado muy ocupado- -contestó él.

-Me dijeron que había estado en los archivos, señor.

-Sí, de allí vengo. -Keddar cerró la puerta y preguntó-: Oiga, ¿no tendría algo de comer? Estoy desfallecido…

-Por supuesto, señor. Pediré a la cocina que le traigan la cena.

-No, deme de lo que tenga aquí, aunque sólo sea un simple bocadillo.

-Entiendo. No quiere correr riesgos.

-Imagínese -sonrió Keddar.

-¿Ha encontrado algo interesante en los archivos?-preguntó Zenla, curiosa, al servirle la cena.

-Mucho -respondió Keddar-. Más de lo que se imagina.

-¿Podría saber...? -Zenla titubeó, sin atreverse a seguir adelante.

-En otro momento -evadió una respuesta concreta-. Ahora he venido para conocer detalles de la Fortaleza de Khat-Vothan. Usted la conoce, creo.

-Sí. He estado allí un par de veces, acompañando a Su Majestad, como invitadas de Br'toy Shor.

--Br'toy, el iniciador de la dinastía de los Shor -dijo Keddar pensativamente-. Me pregunto quién será la mujer que le dé los hijos que perpetúen su apellido.

-Oh, ése no es problema para Shor. Abundarán las candidatas, créame.

-Sí, cuando uno alcanza un puesto de esa categoría, 1o que sobran son pretendientes. Pero sigamos hablando de Khat-Vothan. ¿Es difícil la entrada en aquella fortaleza?

Zenla, hizo un gesto pensativo.

-Si su dueño no 1o permite, la entrada es prácticamente imposible -contestó.

-Bueno, bueno, todavía no he visto un blindaje que, de un modo u otro, no acabe siendo perforado por el proyectil adecuado -dijo Keddar con acento voluble-. Vamos, deme todos los datos posibles.

Zenla habló durante un buen rato. Keddar la escuchaba con gran atención y, de vez en cuando, solicitaba aclaraciones sobre algún dato que no estimaba suficientemente claro.

Media hora más tarde, se sintió suficientemente impuesto sobre el tema. Entonces, dio instrucciones a la muchacha y ella le prometió cumplirlas puntualmente.

-Volveré aquí a la madrugada-protestó Keddar al despedirse.

-¿Tan tarde? -se sorprendi6 ella.

-Antes es imposible. Usted no podrá terminar tan pronto como cree y yo, por otra parte, debo conversar con Su Majestad.

-Ella corre peligro Me refiero a Yas'la.

-Lo sé, pero evitaremos que le sufra el menor daño. Hasta luego, preciosa.

Keddar abandonó la estancia. Pese al optimismo del terrestre, Zenla no tenía motivos para compartirlo, ya que conocía el poderío, la

astucia y la maldad de Shor y sus secuaces.

Minutos más tarde, Keddar estaba en presencia de la supuesta Lyssis, con la guitarra bajo el brazo. Yas'la le enseñó sus manos, convenientemente "decoradas".

Keddar sonrió.

-Ya sabía que habían reparado ese descuido -dijo-. Y ahora, si Su Majestad me lo permite, voy a interpretar una canción original mía, titulada: “Flores amarillas y hierba agostada”.

Los ojos de la joven chispearon. Hizo un signo de asentimiento y movió una de sus manos falsamente apergaminada.

-La guitarra me gusta mucho.-dijo-. Empieza cuando gustes, Theo.

******

Horas más tarde, Keddar atenuó casi todas las luces de la sala y, tras descorrer una de las cortinas, se asomó al ventanal.

Al cabo de unos segundos, se volvió hacia Yas'la.

La joven había recobrado su aspecto habitual, despojada no sólo del disfraz, sino también de las pesadas vestiduras que se veía obligada a utilizar.

-Es la hora -indicó.

Yas'la, muy emocionada, se acercó al joven. -¿Volveré a verte? -preguntó.

Keddar sonrió.

-Quizá -repuso evasivamente.

Ella lanzó un hondo suspiro.

-Siempre recordaré este pequeño plazo de tiempo pasado junto a ti -dijo evocadoramente-. Me costará mucho olvidarte, si es que llego a conseguirlo algún día.

-Vamos, vamos, en Sittahur hay más hombres. No soy yo el único, Yas'la.

-Para mí siempre serás el único, Theo –exclamó ella, colgándose apasionadamente de su cuello.

Momentos después, se separaron. Keddar puso un ancho cinturón en torno al esbelto talle de Yas'la.

-¿Qué es esto? -preguntó ella, sorprendida.

-Algo que te librará de la muerte, en caso necesario. Escúchame bien; creo que he atraído a mi bando al hombre que está abajo. Es el teniente, Sut'i y él viajará contigo en el aeromóvil que está al pie del muro. Pero si ves que hace algo extraño en los mandos o que lanza alguna exclamación de contrariedad, aprieta la hebilla del cinturón y morirá en el acto, ¿has comprendido?

-No mucho... -dudó Yas'la..

-El aeromóvil está programado para dirigirse rectamente al refugio en que esperarás, hasta que todo haya pasado. Confío en que

Sut'i se porte lealmente; al menos, así me 1o ha asegurado. Pero conviene estar prevenido para cualquier contingencia, Quizá pretenda variar de rumbo y entonces verá que es imposible. Por eso hará gestos de contrariedad... o empezará a lanzar juramentos, porque verá que no puede alterar el rumbo del aparato. En ese caso, mátalo sin vacilar; tu vida depende de ello.

-Ahora sí 1o entiendo. ¿Y si se porta bien?

Keddar sonrió maliciosamente.

~Es un hombre muy guapo -contestó.

-No tanto como tú -suspiró Yas'la.

Keddar se acercó de nuevo a la ventana. Había ya una escala preparada y Yas'la, sin titubear, inició el descenso.

El aeromóvil levantó el vuelo instantes después. Keddar se volvió y cuando iba a abrir las cortinas para abandonar el ventanal, oyó un ligero ruido en la puerta de entrada.

******

Keddar se quedó inmóvil, oculto por los cortinajes, en los cuales, sin embargo, había dejado una estrecha rendija, que le permitía ver 1o que sucedía en la estancia. Un hombre alto y corpulento. atravesó el salón y miró perplejo a su alrededor.

Al cabo de unos segundos, pasó a las habitaciones contiguas. Keddar continuó en el mismo sitio.

El individuo reapareció a los pocos momentos. Sacó un diminuto transmisor de uno de sus bolsillos y llamó:

-Coronel Yummor.

-¿Va a anunciar a ese granuja que Yas'la ya no está aquí?--preguntó Keddar súbitamente.

El sujeto se revolvió con gran rapidez. Keddar, junto a las cortinas, le contemplaba con expresión sonriente.

-¿Dónde está? -preguntó el intruso.

-¿Se refiere a Yas'la?

-Sí, a ella me refiero.

--Lo siento, eso es algo que usted no sabrá jamás.

Una sonrisa de desdén curvó los labios del sujeto, de quien Keddar tenía la seguridad había ido allí para asesinar a la doble de Lyssis.

--Usted me lo dirá ahora mismo...

Keddar interrumpió al asesino.

-Dígame, amigo, ¿cómo pensaba liquidar a Yas'la?

Un lazo de fino alambre apareció en una de las manos del hombre.

-¿Qué le parece? -preguntó.

-Silencioso, aunque no muy rápido, si no se sabe emplear bien -contestó Keddar.

-Es mi especialidad -declaró el otro, muy ufano.

-¿Piensa emplearlo conmigo?

-Sí, a menos que declare el paradero de Yas'la.

Keddar hizo un gesto de desprecio.

--Usted no mataría ni a una mosca anestesiada--dijo.

Los ojos del asesino brillaron furiosos.

-Eso es algo que va a tener ocasión de comprobar dentro de muy poco -aseguró.

--¿De veras? --Keddar hizo un gesto con la mano--. Vamos, bravucón, acércate si crees en lo que acabas de decir.

El asesino lanzó a un lado su transmisor de radio. Luego, sin previo aviso, de un modo súbito, se abalanzó contra Keddar.

Corrió velozmente unos pasos. De repente, Keddar se echó a un lado y, con el mismo movimiento, descorrió los cortinajes.

El asesino se dio cuenta demasiado tarde de que no sólo no podía detener su enfurecida carrera, sino que ni siquiera le era posible desviarse. Llegó al antepecho del ventanal y empezó a inclinarse hacia delante.

Por seguridad propia, Keddar le ayudó a saltar al vacío, mediante un puntapié bien aplicado. Se oyó un alarido que se alejaba velozmente, cortando en seco un sordo choque contra el suelo, a treinta metros de distancia.

Keddar abandonó el ventanal y recogió el transmisor que el asesino había dejado abandonado.

La voz de Yummor, de trémolos llenos de cólera, sonó en el acto:

-¡Tok-eu! ¡Contesta inmediatamente! ¿Qué te sucede? ¿Por qué no has seguido hablando? Vamos, Tok-eu, no me tientes la paciencia...

--Lo siento, coronel --dijo Keddar--. Su amigo Tok-eu no se encuentra en condiciones de hablar. Ha enmudecido de repente... y me temo que para siempre.

Hubo una pausa de silencio.

-De modo que usted... -dijo Yummor al cabo.

-Le sorprendí cuando venía a liquidar a Yas'la, quien, por cierto, se encuentra ya lejos de su alcance. Discutimos un poco y, en el calor de la discusión, Tok-eu saltó por uno de los ventanales. En la Tierra, en un caso así, decimos del protagonista que se hizo una tortilla.

Yummor lanzó una exclamación de furor.

--Keddar pagará caro esto que ha hecho --amenazó.

--Coronel, si usted tuviese dos dedos de frente, abandonaría. este juego inmediatamente --contestó Keddar, con acento inflexible-. Sus bravatas no me impresionan en absoluto y, desde ahora, le prometo que terminará como todos los infelices muertos por su

desatentada codicia. Y ese canalla de Shor seguirá el mismo camino, créame.

-Me hace reír, Keddar; no siga con ese tema o me pondré malo.

-Ríase cuanto guste, pero antes de emprender esta aventura, debería haber aprendido a conocer a los terrestres. Adiós, futuro cadáver.

Keddar tiró el transmisor al suelo y lo aplastó de un taconazo. Luego, sin más, abandonó la estancia, para correr al encuentro de Zenla.

CAPITULO XI

--Yas'la está a salvo --dijo Keddar, apenas estuvo al lado de la joven.

--Me quita usted un peso de encima – confesó Zenla.

--Más se le habrá quitado a la propia Yas'la. Un tipo llamado Tok-eu iba a asesinarla esta misma noche.

Zenla palideció.

-Entonces, ha llegado a tiempo -dijo.

-Incluso me sobró, pero Tok-eu ya no utilizará más su dogal de alambre.

--Me pregunto qué dirá Yummor, señor.

--Lo que dice Yummor no se puede repetir –sonrió Keddar.

Zenla creyó comprender.

--¿Ha hablado con él? --preguntó.

-Sí, aunque no en persona. Pero no sigamos más con estos comentarios; ahora tenemos bastante prisa. ¿Ha preparado todo?

-Sí, señor.

--¿Hay alguna bomba en el aparato?

--No, señor. Es decir, si la han puesto, el detector de alarma funcionará automáticamente.

--¡Hum! --dijo Keddar--. Me acuerdo de cierta astronave indetectable, que no podía ser localizada... Ocurrió en mi planeta, ¿lo recuerda?

--Pensé que ellos no dispondrían de interferidores de los sistemas antidetección --contestó Zenla, muy encarnada--. Pero ello me ha servido de experiencia, señor y ahora no sucederá lo mismo, se lo aseguro.

-Lo celebro infinito. Y ahora que ya hemos hablado bastante, será mejor que nos marchemos a la conquista de Khat-Vothan.

Zenla suspiró.

--Una empresa poco menos que imposible, señor -dijo, con acento lleno de pesimismo.

--Hijita, no he visto aún un muro que no tenga su punto débil y, por lo que me ha contado, Khat-Vothan también lo tiene --contestó Keddar, seguro de sí mismo--. Vamos.

Zenla se dirigió hacia la puerta, pero antes de abrirla, se dio cuenta de que Keddar seguía un camino diametralmente opuesto.

--Eh, la puerta está aquí --llamó.

--En los últimos tiempos, he empezado a pensar que las puertas de palacio están todas a treinta metros de altura --contestó él jovialmente.

Apagó las luces y se acercó a uno de los ventanales.

--Bajaremos por aquí --decidió.

Había ya una escala sujeta al antepecho, similar a la utilizada por Yas'la. Tras una ligera vacilación, Zenla descendió en primer lugar.

Keddar la siguió instantes después. Cuando llegó al suelo, vio a Zenla entre dos sujetos armados.

Yummor estaba al lado, apuntándole con una pistola diamantina.

-En nuestra última conversaci6n, Keddar, usted olvidó citar un dicho terrestre, ese que se refiere al que ríe el último y demás. ¿Lo recuerda?

--Oh, porfectamente --contestó Keddar, sin inmutarse--. Imagino que ahora va a dar orden de suprimirnos a los dos, coronel.

--Exactamente --confirmó Yummor sin pestañear.

******

Hubo un instante de silencio. Zenla, muy pálida entre los dos soldados, miró al joven como pidiéndole ayuda.

--Sí, --añadió Yummor-- la última carcajada será la mía.

--Ha ganado, coronel --admitió Keddar--. Pero, al menos, no me prive usted del placer de morir junto a una hermosa mujer.

Y resuelto, avanzó dos o tres pasos y se situó junto a Zenla.

--Moriremos juntos, preciosa --dijo, en el momento en que los guardias, instintivamente se separaban un poco para permitir que los prisioneros pudieran reunirse.

Entonces inesperadamente, Keddar golpeó al guardia que tenía más cerca y lo arrojó con enorme violencia contra el coronel.

La pistola de Yummor se disparó y un cuerpo humano se retorció convulsivamente. Pero Yummor cayó debajo del cadáver y, durante unos preciosos segundos, forcejeó para desprenderse de aquel peso muerto que le impedía moverse con libertad.

Mientras, Keddar se ocupaba del segundo soldado, sorprendido por la inesperada reacción del terrestre. El pie de Keddar golpeó el bajo vientre y, cuando el soldado se curvó sobre sí mismo, movió la mano derecha contra su nuca.

El sittahuriano se desplomó fulminado. Keddar se revolvió como un gato y disparó su pie contra la mano de Yummor, quien se disponía a usar su pistola por segunda vez.

El arma voló por los aires. Keddar lanzó un grito:

--¡A correr, hermosa!

Yummor estaba todavía en el suelo. Keddar lo pisó sin compasión y su pie izquierdo aplastó malévolamente unos cartílagos nasales. Se oyó un chillido de dolor y, a partir de aquel momento, mientras los fugitivos desaparecían, amparados en las sombras, Yummor se dedicó a la tarea de cuidar su maltratada nariz.

******

Minutos más tarde, alcanzaban su aeromóvil. Keddar y la joven se sentaron en los sillones y el aparato despegó instantes después, pilotado por Zenla.

Keddar lanzó un suspiro de alivio, cuando vio que el aeromóvil funcionaba normalmente.

--Bien, ahora ya sólo nos falta llegar a Khat-Vothan y liberar a Su Majestad --exclamó.

--Precisamente, la parte más difícil de la empresa--calificó ella.

--Todo depende de la forma en que iniciemos el ataque a la fortaleza --contestó Keddar--. Por favor, ¿tiene ahí la película con imágenes de Khat-Vothan? Me gustaría contemplarla de nuevo.

--Por supuesto --contestó la muchacha.

El aparato volaba ahora, guiado por el piloto automático. Durante largo rato, Keddar se entretuvo en contemplar las diferentes vistas de la singular fortaleza que Shor había erigido para su disfrute.

--Me pregunto cómo se le pudo haber ocurrido construir una cosa semejante --dijo Keddar, después de unos minutos de silencio.

--Shor es desconfiado por naturaleza y ve enemigos por todas partes --explicó Zenla--. En Khat-Vothan, si le fuesen mal las cosas, estaría absolutamente seguro..., como Su Majestad está segura e imposibilitada de abandonar la fortaleza.

--Pero Khat-Vothan tiene un punto débil y nosotros atacaremos precisamente por ahí.

--Yo no veo el punto débil por ninguna parte--confesó la muchacha.

Keddar lanzó una risita.

--La voy a dejar que piense mucho, pero, y usted, me perdonará la franqueza, el punto débil es tan grande, que resulta materialmente imposible no encontrarlo a primera vista.

Zenla miró al joven con extrañeza. Luego, a su vez, contempló la película en medio de un completo silencio.

--Lo siento, no veo nada --dijo al cabo de varios minutos.

--Se lo diré cuando estemos atacando--contestó él.

--¿Antes, no?

Keddar hizo un gesto negativo.

--Quiero estimular sus facultades deductivas –dijo

maliciosamente.

Zenla hizo un gesto de resignación.

--No quiero seguir pensando más en ello; acabaré poniéndome mala --contestó.

Keddar miró a través de la ventanilla de su lado.

--Oiga, ¿qué región es ésa? --preguntó de repente, al ver una vastísima extensión de terreno completamente árido.

--El desierto de Iahun, una de las zonas más desoladas del planeta. Si una persona se pierde en Iahun, puede considerarse como muerta al cabo de pocas horas. Al nivel del suelo reina una temperatura espantosa y no hay agua en ninguna parte.

--Eso será porque no se les ha ocurrido perforar pozos --dijo Keddar--. Estoy seguro que, a tres o cuatro mil metros de profundidad, hay grandes cantidades de agua en inmensos depósitos subterráneos, que se podrían hacer aflorar con una sencilla bomba. Tras la perforación correspondiente, claro.

--¿Cómo puede afirmar una cosa semejante? --se asombró Zenla.

--Tiene todo el aspecto de un mar extinto --exclamó Keddar--. En tiempos inmemoriales, Iahun estuvo cubierto por las aguas, que lentamente se filtraron a través de las capas más porosas, hasta encontrar otras impermeables a varios miles de metros de profundidad. Quizá fuese un mar salado, pero el proceso de filtrado le hizo perder la mayor parte de sal, aparte de que habrá sido arrastrada y disuelta la que llegó al fondo por las corrientes subterráneas. Con maquinaria adecuada y tomando como plazo el del crecimiento medio de árboles corrientes, chopos, álamos y demás, en diez o quince años. Iahun podría tener un aspecto radicalmente distinto al actual.

--Usted parece entender mucho de hidrología –dijo ella.

--Hubo un tiempo en que fui un apasionada de esa ciencia, porque quería ser granjero en la Tierra. Pero perdí mi dinero en la empresa, que me salió más costosa de lo que yo creía, y tuve que resignarme a ingresar en la Policía.

--Ahora lo entiendo --sonrió Zenla.

--Si llegase a quedarme en Sittahur, nada me gustaría más que transformar ese desierto en una zona fértil. Imagino que el gobierno sittahuriano no me escatimaría los fondos.

--Puesto que va a ser rey consorte, imagino que ese no sería problema para usted.

--Cuando yo llegue a ser el rey, ya discutiremos el asunto. Mientras tanto...

Keddar no pudo continuar hablando. La nave se tambaleó de pronto con gran violencia, y sus dos ocupantes, rodaron aparatosamente por el suelo.

Zenla lanzó un agudo grito de alarma:

--¡Caemos! ¡Los motores de propulsión se han parado, señor!

En el momento de la detención de los motores, el aeromóvil se hallaba a varios miles de metros de altura. Aterrada, Zenla vio cómo el suelo se acercaba a gran velocidad, en una caída vertical, que no parecía tener remedio.

******

Keddar reaccionó y corrió hacia la parte posterior del aparato, cosa que no hizo sin dificultad, debido a los violentos bandazos que daba el aeromóvil en su vertiginosa caída. Agarró los atalajes de un propulsor individual, se lo puso rápidamente y regresó a la cabina.

Junto al puesto de mando, había dos palancas con puños rojo y verde, respectivamente. Accionó la de color verde y algo salió disparado al espacio.

--¡Zenla! --llamó a continuación.

Pero la joven no le contestó; yacía inanimada en el suelo. Debía de haberse dado algún golpe en la cabeza, lo que le había hecho perder el conocimiento, dedujo Keddar.

Ya no vaciló más; agarró a Zenla por la cintura con un brazo y luego tiró de la palanca roja.

El suelo del aeromóvil desapareció en el acto. Keddar y Zenla pasaron a través del hueco y, unos segundos más tarde, Keddar manejó los controles de puesta en marcha del propulsor.

La velocidad de descenso se redujo rápidamente. Keddar maniobró en busca de algún lugar adecuado para su estancia en aquellos inhóspitos parajes. Debajo de ellos, el aeromóvil chocó con gran violencia contra el suelo y se deshizo en un atronador chorro de fuego y humo.

Poco más tarde, sus pies tocaban la tierra. El calor era asfixiante.

Keddar buscó la sombra de unos pedruscos cercanos, al pie de los cuales depositó a la todavía inanimada Zenla. Vio que la joven no necesitaba cuidados especiales y, sin pérdida de tiempo, se dedicó a la búsqueda del objeto que había lanzado antes al vacío.

Cuando regresó a las rocas, Zenla había abierto los ojos. Keddar se .arrodilló a su lado y la miró sonriente.

--¿Cómo se encuentra? --preguntó.

--Un poco aturdida todavía --respondió ella--. Me parece un milagro que hayamos podido salvarnos...

--Ha habido algo de suerte, por supuesto, y también un propulsor, que nos ha servido para llegar sanos salvos hasta el suelo.

--Entonces, me ha salvado usted.

--He tenido ese placer y esa fortuna –admitió Keddar, mientras rompía los precintos de la caja que estaba junto a él.

--Y, por si fuera poco, ha salvado la caja de supervivencia.

--Una acción elemental, hermosa.

Keddar levantó la tapa de la caja, en cuyo interior había alimentos concentrados, una gran cantimplora, con varios litros de agua, y una bolsa con los elementos imprescindibles para primeras curas. Destapó la cantimplora y la ofreció a la muchacha.

Zenla bebió unos sorbos de agua, lo cual la hizo sentirse mucho más reconfortada. Manifestó que, por el momento, no sentía apetito y, luego hizo una pregunta a su acompañante:

--Señor, ¿cree que podremos salir de este desierto?

CAPITULO XII

Keddar tapó de nuevo la cantimplora.

--Hoy, no, por supuesto --contestó.

--¿Cómo? --se extrañó la muchacha.

--Luego se lo explicaré. Entretanto, convendría que usted me aclarase las causas por las que, a pesar de todas las precauciones, hemos estado a punto de hacernos trizas contra el suelo.

-No sé qué decirle, señor. Para mí, por ahora, sólo hay una explicación, si bien basada en meras suposiciones.

--Bien, hable; luego aceptaré o refutaré su opinión.

--Hay dos posibilidades --manifestó Zenla--. La primera, un rayo magnético, que formó un campo paralizador en los motores. La segunda, un interferómetro, colocado subrepticiamente a bordo y que, accionado a distancia en determinado momento, provocó asimismo la detención de los motores. El interferómetro, por supuesto, es muy pequeño y no fácil de ver, a menos que se conozca su posición de antemano.

--¿Y por qué habían de colocar ese aparatito en el aeromóvil? ---preguntó Keddar, extrañado.

Zenla se mostró repentinamente avergonzada.

--Debo confesar que no estoy muy habituada a este género de intrigas --declaró--. Revisé a fondo mi aeromóvil..., pero no se me ocurrió cambiarlo por otro.

--Y Yummor, claro está, conocía su número de matrícula.

--Es de suponer --admitió ella.

Keddar meneó la cabeza.

--La culpa no es solamente suya --dijo--. Yo también debí haberle advertido algo al respecto. Usted tenía que haber hecho los preparativos con cierta ostentosidad en su propio aeromóvil, pero cuidando de alistar otro en secreto. No lo hicimos así, y ahora pagamos las consecuencias.

--Hay cientos de kilómetros hasta la zona habitada más cercana --se lamentó la joven--. No podremos recorrer a pie semejante distancia...

--Tenemos la caja de supervivencia, y eso ya es algo. No se preocupe, Zenla saldremos de aquí.

--Me gustaría compartir su optimismo, señor. Desgraciadamente, esta vez, Yummor ha asestado un golpe irresistible.

Keddar sonrió sibilinamente.

--Veremos-dijo--. Todavía no ha llegado la hora de la última carcajada.

--No entiendo...

--Se 1o explicaré en otro momento. Ahora, procure descansar y no se preocupe de más.

Los ojos de Zenla se fijaron en los humeantes restos del aparato, que se hallaba a unos seis o setecientos metros de distancia.

--Nos habrán dado por muertos y 1o peor es que no podemos hacer nada por desvirtuar esa impresión --dijo lastimeramente.

Keddar no contestó. Extrañada de su silencio, Zenla volvió la cabeza hacia él y vio que tenía los ojos fijos en un punto del suelo, a un par de cientos de metros de distancia.

Una sombra se deslizó lentamente sobre la tierra. Keddar se incorporó rápidamente y agarró a la joven por un brazo.

--Venga, pronto --dijo a media voz--. En esa grieta estaremos más seguros.

******

Desde el escondite situado en una angosta hendidura que había entre dos rocas, Keddar y Zenla contemplaron las evoluciones del aeromóvil, que sobrevolaba la zona a baja distancia. De pronto, el piloto hizo descender el aparato, que se posó en tierra a los pocos momentos.

Varios hombres saltaron al suelo y se desperdigaron por las inmediaciones. Keddar apretó el puñal-ballesta con la mano derecha, dispuesto a utilizarlo si era necesario.

Los soldados examinaban el suelo con gran atención. A Zenla le extrañó aquella actitud, aunque, prudente, se abstuvo de hacer comentarios por el momento.

Al cabo de un buen rato, los soldados se reunieron de nuevo y volvieron a embarcar en el aparato, que levantó el vuelo sin pérdida de tiempo. Keddar dejó escapar el aire contenido largamente en los pulmones.

--Hemos tenido suerte --exclamó, mientras el aparato se alejaba con enorme rapidez.

--Esos soldados buscaban algo --observó Zenla--. No entiendo qué querían encontrar.

--Es bien sencillo: buscaban nuestras pisadas.

--¿Cómo?

--Imagínese que saltamos del aeromóvil averiado y nos

alejamos a la carrera, antes de la explosión. Esos habrían encontrado en la arena las huellas de nuestras pisadas, y eso es, exactamente, lo que andaban buscando.

--Comprendo. Las huellas les habrían dicho que aún estábamos con vida.

--Justamente. Ahora bien, nosotros aterrizamos a unos cien pasos de este roquedal. Teniendo en cuenta que ellos no se han alejado más de dos centenares de metros de los restos del aparato, lo que sigue no es difícil de adivinar.

--Y los restos del aeromóvil están todavía muy calientes para buscar rastros de dos personas carbonizadas.

--Por lo que, al no encontrar ninguna señal de pisadas, han deducido que estamos muertos, con lo que los traidores dormirán muy tranquilos esta noche. Pero su despertar no va a tener nada de agradable, créame, Zenla.

--¿Los va a despertar usted? --preguntó ella, mirándole a los ojos.

--¿Y quién otro lo haría? --sonrió Keddar.

Zenla meneó la cabeza.

--Con el debido respeto, señor, es usted incorregible--calificó.

--Hermosa, un terrestre no se rinde jamás, hasta haber agotado todas las posibilidades. Y a nosotros nos quedan muchas todavía.

Hizo una corta pausa y agregó:

--Dicho lo cual, voy a darle un consejo, que yo seguiré también en el acto. Hemos pasado la noche casi en vela y aquí, en esta grieta, en medio de todo, no estamos tan mal, por lo que nos convienen unas horas de sueño, que yo voy a comenzar de inmediato. ¡Hasta luego!

Keddar se tendió de espaldas y cerró los ojos. Momentos después, su respiración se hizo rítmica y apacible.

Zenla le contempló con admiración.

--Qué hombre, qué hombre --murmuró.

Y luego, pensando que la actitud de Keddar era la más sensata por el momento, se tendió también en el suelo e hizo un esfuerzo por olvidarlo todo. Así consiguió dormirse profundamente a los pocos minutos.

******

Cuando Zenla abrió los ojos, vio que el cielo tomaba ya un intenso color violeta. Parte del cielo quedaba oculto a su vista por un obstáculo: la cabeza deKeddar

El joven estaba ligeramente inclinado sobre ella.

--¿Qué mira, señor? --preguntó Zenla, sin abandonar su postura.

--Más que mirar admiro. Su belleza, por supuesto.

--¿De veras? --preguntó Zenla con coquetería--. Es la primera

vez que me dice algo parecido, señor.

--Creo que no es justa conmigo; en más de una ocasión le he dicho cosas...

--Sí, preciosa, hermosa, guapa, hijita y cosas así, pero por rutina de un modo mecánico.

--Ah, y usted quiere, por lo visto, que se lo diga de otra forma.

Zenla sonreía extrañamente.

Keddar se inclinó más todavía sobre ella.

--Se lo voy a decir del modo que más le va a agradar--manifestó.

--¿Es algún procedimiento terrestre?

--Sí, Zenla.

--¿Cómo es ese procedimiento?

--Sin palabras, hermosa.

La boca de Keddar buscó ávidamente la de su bella compañera. Zenla se resistió un momento, pero, al fin, sus brazos rodearon el cuello del terrestre y se dejó envolver por un estallante vértigo de pasión que, durante unos minutos, hizo olvidar a ambos cuanto les rodeaba.

Al cabo de un rato, Keddar miró sonriente a la joven.

--¿Qué te ha parecido el procedimiento mudo, cariño? --preguntó.

--Maravilloso, señor --contestó ella.

--Theo, me llamo Theo, recuérdalo --dijo Keddar.

--Pero... tú... usted... será el rey...

--Eso es algo que no debe preocuparnos por ahora, querida.

Zenla sonreía dulcemente.

--¿Lo crees así, Theo?

--¿Te preocupa a ti mi futuro estado?

--En estos momentos, no..., aunque no debo olvidar que soy la responsable de tu seguridad. Y, por encima de todo, debo cumplir con mi deber.

--Lyssis recompensará tu devoción hacia ella --aseguró Keddar..

--Suponiendo que podamos sobrevivir.

--Eso está descartado. -Keddar se separó de Zenla y señaló algo con la mano-- ¡Mira! --exclamó, satisfecho.

Zenla lanzó un grito de asombro.

--Pero... ¡Es milagroso! ¿De dónde ha salido ese aeromóvil? --preguntó atónita.

******

Hacía ya rato que habían caído las sombras de la noche. El fuselaje del aparato emitía destellos plateados al reflejar las chispas de luz de las estrellas.

--Lo trajo el teniente Sut'i--dijo Keddar.

--¡Sut'i! --repitió Zenla--. Ese hombre es uno de los más fieles secuaces de Yummor.

--Lo era hasta que me presenté yo para desmentir personalmente la noticia de mi muerte en casa de Havviva. Entonces se percató de que se había alistado en el bando pordedor.

--Empiezo a comprender...

--Sut'i fue el que se encargó de poner a salvo a Yas'la. Ahora bien, antes de separarnos, acordamos en cambiar un mensaje a horas determinadas. Cuando Sut'i vio que yo no le llamaba, comprendió que algo malo nos había sucedido. Entonces salió en mi busca, con su aeromóvil y otro remolcado por ondas de radio. Dejó aquí uno de los aparatos y se volvió al escondite con Yas'la.

--¿Hace mucho rato? --quiso saber ella.

--Un par de horas, aproximadamente.

--Yo estaba dormida, Theo.

--Sí --admitió él.

--Y no me avisaste...

--¿Para qué turbar tu sueño?

--Pero, podías habérmelo dicho cuando desperté.

Keddar sonreía.

--¿No crees que ha valido la pena retrasarte unos minutos la noticia?

Súbitamente, Zenla se puso en pie de un salto. Estaba indignada y su pecho se agitaba con violentos vaivenes.

--Eres un miserable --le apostrofó--. Te has aprovechado de mí, has buscado la ocasión propicia..., sabiendo que yo cedería porque pensaba que no teníamos salvación.

--¿Y no hubieras cedido también en otras circunstancias?

Ella vaciló un instante.

--No te lo perdonaré jamás --dijo.

Y, de repente, con gesto imprevisible, alzó la mano y abofeteó con dureza la mejilla izquierda del joven.

--¡Caramba, sí que tienes una mano dura! –exclamó Keddar, mientras se acariciaba el lugar afectado.

Pero Zenla ya no le contestó; con paso firme y resuelto, se encaminaba hacia el aeromóvil, situado a veinte metros de distancia.

Keddar temió una histérica reacción de la muchacha y decidió evitarlo.

--¡Zenla! --gritó.

Ella no le contestó, y siguió andando. Keddar decidió cortar por lo sano y dijo:

--Zenla, recuerda, que por encima de todas diferencias accidentales, está tu deber. No olvides que tienes que ayudarme a rescatar a Su Majestad.

Aquellas palabras calmaron un tanto la indignación de la joven, que se detuvo en el acto. Keddar recogió sus cosas y abandonó la grieta.

--Lo siento --dijo, al hallarse junto a la muchacha--;no fue mi intención herir tus sentimientos.

--Señor, estoy a sus órdenes --contestó Zenla fríamente.

--Está bien--dijo Keddar--. Si lo prefieres así... Zenla, guíame a la Fortaleza de Kha-Vothan.

--Sí, señor,

Instantes más tarde, el aeromóvil levantaba el vuelo raudamente.

CAPITULO XIII

Un vivo resplandor se vio de pronto en el horizonte.

Keddar, sentado junto a Zenla, dijo:

--Esa luz debe de ser la de la fortaleza, ¿no?

--En efecto, señor.

--Bien, en tal caso, vuela a ras del suelo y a muy poca velocidad. Es preciso eludir la detección de KhatVothan.

--Sí, señor.

El aeromóvil perdió altura rápidamente. A medida que avanzaban, el resplandor se hizo más y más intenso.

Media hora más tarde, el aeromóvil se detuvo junto al borde de un gran lago, de aguas quietas, en las que se reflejaban los esplendentes fulgores de la fortaleza. Había en el centro una isleta, de unos doscientos cincuenta metros de anchura media, cuya distancia a las orillas del lago era de unos cuatro o cinco mil metros.

Todavía dentro del aeromóvil, Keddar contempló fascinado el maravilloso espectáculo de aquella fortaleza, semejante en todo a un castillo antiguo, si bien con los detalles estructurales propios de la arquitectura sittahuriana. La fortaleza se hallaba a quinientos metros del suelo, sostenida por cinco colosales pilastras de luz sólida.

--Increíble, increíble --dijo Keddar, admirado por la belleza del espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

--Como usted puede apreciar, señor, la entrada en Khat-Vothan es imposible. Desde el suelo, no se puede llegar a la plataforma. Si lo intentásemos por el aire, los sistemas antiaéreos, al no identificarnos satisfactoriamente, funcionarían de manera automática y nos destruirían en cuesti6n de segundos --explicó Zenla.

--Es indudable que Yummor sabe hacer bien las cosas para protegerse--comentó el joven--. ¿Cuántos rubíes consume para la producci6n de esas columnas de luz sólida?

Zenla se encogió de hombros.

--No tengo la menor idea, señor; pero los rubíes son algo que no escasea precisamente en Sittahur --respondió-. Bien, ya estamos

aquí, pero hemos perdido el tiempo.

--¿De veras? --se burló Keddar--. Oiga, no pensará usted que yo vine aquí sólo para contemplar ese hermoso espectáculo.

--Si me dice cómo entrar en la fortaleza...

--Se lo diré en seguida --aseguró él--. Su defecto, Zenla, es el mismo de Shor: ninguno de los dos piensa en que yo puedo tener ideas propias... una de las cuales ha sido atraer a mi bando al teniente Sut'i.

--No entiendo qué relación pueda tener Sut'i con nuestra entrada hipotética en Khat-Vothan, señor.

--Preciosidad, el teniente Sut'i ha demostrado ser un inapreciable colaborador y, entre las cosas que me ha proporcionado, figuran, no los planos precisamente, pero sí unos esquemas muy detallados de las diferentes secciones de Khat-Vothan. Mientras usted dormía, yo he estudiado esos esquemas y ahora podría reproducirlos de memoria, si fuese necesario.

--Todo eso está muy bien, pero el principal problema, la entrada en la fortaleza, no está resuelto todavía --dijo Zenla hoscamente.

Keddar sonrió con expresión irónica.

--¿Tienes miedo al agua? --preguntó, tuteándola de nuevo.

--Sé nadar muy bien --replicó ella.

--Lo celebro infinito, aunque no vas a tener necesidad de hacer esfuerzos físicos. Ven, Zenla.

La joven siguió a Keddar hasta una de las cámaras del aeromóvil. Keddar le enseñó unos trajes colgados de uno de los mamparos.

--Ponte el tuyo, cualquiera de los dos, porque se ajustan automáticamente a cualquier tamaño corporal--indicó---. Pero, precisamente por eso mismo es preciso suprimir toda otra prenda de ropa.

---Comprendo, señor.

Keddar dejó a la muchacha a solas. Zenla salió minutos más tarde, enfundada en un traje negro, que moldeaba a la perfección las estatuarias líneas de su cuerpo.

--¿Y ahora? --dijo ella.

--Ahora me cambiaré yo. Luego completaremos nuestro equipo --respondió Keddar.

******

Los cascos eran esféricos y estaban unidos a unos depósitos de aire comprimido a altísimas presiones, lo que permitía unas dimensiones muy reducidas. Keddar lanzó al agua un trineo submarino de remolque, movido por una turbina que no producía burbujas. En la plataforma del remolque colocó algunos objetos que estimó imprescindibles para su misión, sujetándolos firmemente, a fin

de evitar que se perdieran.

Acto seguido, se lanzaron al agua. Keddar orientó los timones del remolcador hasta conseguir diez metros de segura profundidad. El aparato se movía a una moderada velocidad de veinte kilómetros a la hora.

Casi unos treinta minutos más tarde, una diminuta lámpara centelleó en el trineo. Keddar moderó la marcha, hasta reducirla por completo, y entonces encendió un potente faro, situado en la proa del aparato.

El faro era orientable. Keddar lo movió en distintos sentidos, hasta localizar la circular entrada de un túnel submarino, de sección circular y media docena de metros de diámetro.

Zenla se sentía asombrada. Jamás se había imaginado llegar a la fortaleza por aquel procedimiento. Sin embargo, no se le ocurría aún cómo podrían alcanzar la plataforma sobre la que estaba edificado Khat-Vothan, dado que la distancia a la cima del islote no era inferior a los quinientos metros.

La marcha se hizo ahora lentísima. De pronto, cuando ya habían recorrido unos sesenta metros, la luz del faro iluminó una sólida mampara de acero que les cerraba el paso.

Keddar consultó su reloj a la luz refleja del faro. Por señas, indicó a Zenla que debían aguardar todavía unos quince minutos.

Pasado ese plazo, la mampara empezó a girar lentamente en torno a un eje vertical. Keddar hubo de manejar el trineo en marcha atrás para evitar que la corriente producida por la apertura de la esclusa les arrastrase con demasiada velocidad. Franquearon sin daño alguno el obstáculo y Keddar hizo que el remolcador se mantuviera inmóvil, hasta que cesó el movimiento de las aguas.

Zenla observó que había luz por encima de sus cabezas. Cuando las aguas se hubieron aquietado, Keddar le hizo señas de que permaneciese inmóvil en el mismo sitio.

El joven se elevó lentamente y asomó la cabeza fuera del agua con grandes precauciones. Zenla le contemplaba con gran atención desde las profundidades.

Keddar se zambulló de pronto y llegó al trineo. Soltó el paquete atado y luego hizo señas a la muchacha de que le siguiera.

Momentos después, Zenla se asomaba a una enorme caverna situada bajo las entrañas del islote. La joven se quedó atónita al contemplar el singular espectáculo.

El suelo estaba separado medio metro escaso de la superficie de las aguas y su borde era regular, de piedra, como el de un muelle portuario.

Keddar se izó a pulso al exterior y luego ayudó a salir a la muchacha.

Zenla preguntó por señas si se podía quitar el casco. Keddar le dio la respuesta por medio de la acción. Cuando ambos pudieron hablar libremente, Keddar miró a la joven y sonrió:

--Seguramente, no habrías esperado jamás contemplar una cosa semejante, ¿no es así?

Los ojos de Zenla recorrieron aquellas fenomenales instalaciones. Había dos colosales tubos que entraban en el agua y que, por medio de codos en ángulo de 90 grados, se perdían en el interior de aquella gigantesca maquinaria. Uno de los paneles estaba repleto de luces de distintos colores, que oscilaban con regular centelleo.

--Es... fantástico --dijo ella al cabo, cuando hubo recobrado el uso de la palabra--. Pero, ¿qué significa todo esto? -inquirió.

--Los tubos sirven para aspirar el agua de refrigeración de la maquinaria, cosa que se produce a intervalos regulares de una hora. Como puedes comprender, delante de nuestros ojos sólo tenemos la parte de maquinaria que podríamos llamar de control y mando.

--Sí, ya me imagino que dentro de la roca habrá más máquinas, pero ¿cuál es su utilidad, señor?

--Sencillamente, generar la luz sólida que sostiene la fortaleza --contestó Keddar.

******

Zenla se sentía estupefacta.

--Creo que empiezo a comprender sus intenciones, señor --dijo.

--Lo celebro infinito. Y ahora, vamos a lanzar la segunda etapa del asalto definitivo a la fortaleza.

Keddar se acercó al panel de control, estudiándolo atentamente durante algunos segundos. Una serie de palancas llamó especialmente su atención.

--Creo que es esto... --empezó a decir, pero no pudo seguir hablando.

Una luz de control se iluminó de repente. Keddar leyó:

ASCENSOR EN FUNCIONAMIENTO

Inmediatamente, adivinó lo que iba a suceder.

--¡Rápido! --exclamó--. Viene alguien.

Agarró la mano de la chica y tiró de ella, escondiéndose al lado opuesto de la única puerta que se divisaba en la caverna. Segundos más tarde, oyeron voces humanas.

--El humor de algunos es infinito --dijo un hombre--. Aunque algunos lo calificarían de locura.

--¿Lo crees así, Troxos?- -dijo el otro--. Shor no está tan loco como parece: ella es muy vieja y la sobrevivirá sin dificultad casi doscientos años.

--Doscientos años de plaga --comentó Troxos con amarga

ironía.

--No te quejes; tu empleo no es de los peores y, mientras hagas lo que te ordenen, no te sucederá nada.

--Sí, cuidar de esta maquinaria no es precisamente una labor que ablande los riñones. En fin, vamos a ver si está todo en orden, a fin de que no haya fallos en la ceremonia.

Los dos hombres avanzaron hacia el panel de control. De repente, Troxos reparó en los cascos que habían quedado en el suelo, cerca del muelle.

--¡Buttol! --chilló--. ¡Alguien ha entrado en la caverna! ¡Mira, dos cascos submarinos!

Buttol se volvió, vio los cascos y lanzó una aguda exclamación:

--¡Hay que dar la alarma inmediatamente!

y corrió hacia el panel de control, pero un puño salió a su encuentro y golpeó su mandíbula con efectos devastadores.

Troxos se quedó paralizado por el asombro. Antes de que pudiera reaccionar, vio algo que brillaba en la mano derecha de uno de los intrusos.

--Esto es un puñal-ballesta --dijo Keddar--. Un solo grito, un movimiento en falso y te enviaré a una reunión de ultratumba con tus honorables antepasados.

CAPITULO XIV

Troxos se puso lívido.

--No..., no me haga nada... --suplicó, aterrado.

Keddar le hizo señas con la mano izquierda.

--Acércate --ordenó.

Troxos obedeció sin rechistar. Keddar apoyó en su cuello la punta del puñal, a la vez que lo agarraba por un brazo.

--Yo podría hacerlo, pero, tal vez, actuaría con impericia --dijo--. Prefiero que me ayudes, a cambio de la vida.

--¿Qué..., qué es lo que tengo qué hacer? –inquirió Troxos.

--En primer lugar, el ascensor, ¿sirve para entrar en la fortaleza?

--No, sólo llega a la superficie del islote. En KhatVothan se entra por el aire, o bien haciendo descender la fortaleza hasta el nivel de la cima-- explicó el individuo.

--Eso es precisamente lo que yo quiero que hagas --dijo Keddar complacidamente. Y se volvió hacia Zenla, como buscando su aprobación.

Ella hizo un gesto de asentimiento. Ahora sí comprendía la forma en que iba a desarrollarse la segunda parte del asalto a Khat-Vothan.

Constreñido a obedecer, Troxos manejó cinco palancas sucesivamente, bajándolas hasta el tope inferior. Luego agarró una

sexta y la movió cosa de medio centímetro.

La cifra 485, en caracteres del alfabeto sittahuriano, apareció de pronto en una pantalla. Troxos anunció:

--La fortaleza ha perdido quince metros de altura.

--¿Cuál es su cota máxima? --preguntó Keddar.

--Quinientos metros, señor. El descenso se efectúa por etapas de quince metros.

Keddar suspiró.

--Va a resultar un poco largo --comentó--. ¿No puedes acelerarlo un poco, Troxos?

--Tendré que conectar el dispositivo de descenso continuo --respondió el aludido.

--Entonces, hazlo inmediatamente --ordenó Keddar, colérico.

Troxos obedeció de nuevo. Las cifras, en disminución, aparecieron en la pantalla con sucesiva rapidez.

Una vez que Keddar vio que la fortaleza descendia a buena velocidad, golpeó la sien de Troxos con el puño de su cuchillo. El sujeto se desplomó sin sentido en el acto.

--Zenla, al ascensor --exclamó--. Hemos de llegar a la superficie, antes de que Shor y sus secuaces empiecen a reaccionar.

La muchacha no se hizo de rogar. Keddar calculó que los dos operarios dormirían, por lo menos, un cuarto de hora. La fortaleza tocaría suelo mucho antes.

Un minuto más tarde, se hallaban en el exterior del islote. La luz era intensísima y apenas se podía soportar a ojo desnudo, pero resultaba fácil apreciar que, a medida que la fortaleza descendía, las columnas luminosas que la sostenían cedían gradualmente en resplandor.

Cinco minutos después de haber salido de la caverna, la plataforma que sostenía la fortaleza se hallaba tan sólo a unos pocos metros de distancia del suelo. Agazapados tras unas matas, cercanas a la orilla del islote, Keddar y Zenla contemplaron aquella colosal construcci6n, pareciéndole al primero imposible que, hasta entonces, hubiera podido sostenerse en el aire a quinientos metros de altura.

En el borde, la plataforma tenía tan sólo unos cuatro metros de grosor, si bien aumentaba gradualmente hacia el centro, que era donde se hallaba la masa principal de la estructura que sustentaba. En torno a la fortaleza, se divisaban varias piezas antiaéreas, de seis cañones cada una, servidas por los correspondientes pelotones de artilleros.

La fortaleza era un conjunto impresionante de torres y torrecillas, almenas, muros y baluartes. La pieza principal era una gran torre hexagonal, que se alzaba a unos ciento cuarenta metros sobre la plataforma y estaba rematada en una enorme esfera brillante,

que Keddar supuso contendría el centro neurálgico de detección y direcci6n de fuego de la defensa antiaérea. Ya se oían las primeras voces de alarma y Keddar se preparó para la etapa final de su ataque a Khat-Vothan.

******

Zenla se sintió aprensiva repentinamente.

--Señor, son más de cuatro metros --dijo--. No sé cómo alcanzaremos el borde superior...

--Déjelo de mi cuenta, preciosa --respondió Keddar--. Lo que no acabo de comprender es por qué hay artilleros junto a los multicañones.

--Oh, se pueden emplear de modo automático, dirigiéndolos desde el control central de fuego, y también manualmente. Pero los artilleros son también soldados, señor --dijo Zenla, intencionadamente.

--Eso sí es cierto -convino él--. De todas formas, hay espacio suficiente entre dos piezas para que podamos alcanzar la plataforma sin ser vistos. ¡Vamos! --dijo de repente.

Keddar echó a correr agachado, cuando vio que la plataforma estaba a punto de tocar la meseta de la cima, seccionada de modo que tuviese su misma forma. El borde de la plataforma, contemplado desde el suelo, parecía un muro insalvable.

Zenla se detuvo junto al joven. Keddar se acuclilló.

--En pie, sobre mis hombros --ordenó.

Ella comprendió en el acto. Instantes después, sus manos se asían al borde superior. Keddar la elevó con sus propias manos, a fin de facilitarle la tarea. Luego retrocedió unos pasos, tomó carrerilla, saltó y en unos segundos se halló en la plataforma.

Zenla le aguardaba nerviosa. Keddar agarró su mano y corrió agachado unos metros, buscando la base de las primeras murallas.

--Tenemos que buscar una entrada --dijo.

Los gritos de alarma eran cada vez más numerosos.

A la sombra de un elevado muro, Keddar y Zenla vieron pasar un nutrido pelotón de soldados, que corrían enfebrecidamente.

Un altavoz tronó de pronto:

--¡Capitán Ricxart, investigue la avería en los sistemas de sustentación!

--De modo que el buen Ricxart ha vuelto aquí --dijo Keddar--. Tengo una cuentecita que ajustar con él, aunque no lo conozco personalmente.

--Yo se lo señalaré cuando llegue la ocasión, señor--dijo Zenla.

--Lo cual agradeceré a su debido tiempo. Pero ahora debemos buscar una entrada.

A cincuenta pasos de distancia, se abrió de pronto una puerta. Un pelotón de soldados salió a la carrera y se dirigió a una escalera

situada al borde, desapareciendo en el acto de la vista de los dos jóvenes.

--Esa puerta --murmuró él.

--No podremos forzarla y, además, hay una pieza de artillería casi frente a ella...

--Voy a solucionar el problema, hermosa.

Keddar llevaba una bolsa pendiente del hombro, de la que sacó una bola de tamaño de su puño. Tiró de un pequeño gancho y arrojó la bola rodando hacia los artilleros.

La explosión se produjo sin ruido y sólo despidió una ligera nube de gas apenas visible, pero, cinco segundos más tarde, siete artilleros yacían en el suelo sin conocimiento.

--¡Ahora, Zenla!

Corrieron de nuevo. Keddar alcanzó la pieza y se sentó en el sillín del tirador. Bajo el eje de sustentación, corrían los sistemas de alimentación de los cañones.

Había una pequeña pantalla encendida, con la indicación de "fuego manual". La pieza se manejaba por medio de ruedecillas para alcance y deriva. El disparo se hacía por medio de pedales.

Keddar empezó a mover el cañón, con objeto de abrirse paso en la fortaleza. De pronto, sonaron gritos a 1o lejos.

--Nos han visto, señor --dijo Zenla, angustiada.

--Lo que han visto son los artilleros caídos en el suelo --contestó él.

El cañón giró velozmente. Era cuestión de segundos. El primero que tuviese la pieza emplazada, ganaría la partida.

Keddar abrió el fuego aun sin haber hecho puntería del todo, pero, más que nada, por impresionar a sus adversarios. Los proyectiles, después de trazar unas líneas rojas velocísimas, estallaron con fragor impresionante, en una atronadora tormenta de ruido y relámpagos.

--Ahora, la puerta --dijo él, cuando el peligro quedó eliminado.

El cañón giró de nuevo. Keddar 1o puso horizontal.

--Zenla, agachada detrás de mí --ordenó.

Ella obedeció en el acto. Los seis tubos dispararon una vez más un vendaval de explosivos.

La puerta saltó en mil pedazos. Keddar abandonó su puesto en el acto.

--Vamos, Zenla.

La distancia era de unos sesenta pasos, que fueron franqueados en contados segundos. Keddar y Zenla entraron al fin en Khat-Vothan.

Había allí unas escaleras, que conducían a un ascensor, si bien continuaban enroscándose junto al muro. Keddar decidió emplear las escaleras.

--No me gustaría que me atrapasen dentro de un cajón --dijo.

Zenla aprobó su decisión. Subieron a la mayor velocidad posible y se encontraron en una gran sala, desierta en aquellos momentos.

--Por allí --indicó Zenla.

Pero cuando iban a atravesar la sala, se abrió una puerta lateral y un hombre apareció, caminando a toda prisa.

--Es Ricxart --susurró la muchacha.

******

El hombre, alto y de buena planta, se movía con gran ligereza. Por el momento, no se había dado cuenta de la presencia de los intrusos en la sala.

Ricxart se acercó a otra puerta. Entonces fue cuando Keddar, tras pronunciar su nombre, ordenó:

--Quédese quieto, capitán.

Ricxart se estremeció.

--¿Keddar?--dijo.

--Yo mismo. Tengo que ajustar una cuenta con usted, capitán.

--¿Una cuenta? --repitió el sittahuriano.

--Sí, varios cientos de hombres muertos por una bomba parasolar.

Ricxart inspiró profundamente.

--Tuve que hacerlo --dijo.

--¿Por la recompensa que le aguarda si Shor logra convertirse en rey consorte?

--No actúe por altruismo -respondió Ricxart cínicamente.

--Sí, es fácil de comprender. Lo malo es que todos ustedes se van a quedar con un palmo de narices.

--Keddar, desde aquí le auguró que no conseguirá llegar hasta Su Majestad.

--En eso está equivocado, Ricxart. Pero no voy a continuar discutiendo más con usted...

--No, no habrá más discusiones, porque voy a matarle inmediatamente --gritó el individuo, a la vez que se revolvía con gran rapidez.

Pero en el mismo momento, Keddar había apretado el resorte de disparo de su puñal-ballesta. Ricxart lanzó un gemido, soltó su lanzarrayos y rodó por el suelo.

Keddar se arrodilló a su lado.

--Usted actuaba por codicia, pero no conocía los verdaderos motivos de Shor --dijo.

Los ojos del moribundo le miraron con cierto interés. Keddar se inclinó hacia Ricxart y dijo algo a su oído.

Ricxart lanzó una débil exclamación de asombro:

--No puede ser...

--Sí; puede ser y es --confirmó Keddar.

Pero Ricxart ya no pudo decir nada más. Dobló la cabeza a un lado y murió.

--¿Qué le ha dicho usted? --preguntó Zenla, llena de curiosidad.

Keddar sonrió sibilinamente.

--Lo sabrá dentro de unos momentos --contestó.

El suelo se estremeció de pronto.

--Vaya --murmuró Keddar--. Diríase que Troxos o su compañero han recobrado el conocimiento y han puesto de nuevo en funcionamiento los generadores de luz sólida.

De pronto, se volvió hacia la muchacha.

--Zenla, he cambiado de opinión --dijo--. No vamos a entrar en la cámara donde está Lyssis, porque, seguramente, habrá una nutrida vigilancia. ¿Se atreve a seguirme, cuando emplee la cuerda y el gancho que llevo en esta bolsa?

Una sombra de temor apareció en los ojos de la muchacha, pero sus vacilaciones no duraron mucho.

--Es mi deber, señor --contestó escuetamente.

CAPITULO XV

En pie en el antepecho de una de las ventanas de la sala, Keddar lanzó el gancho hacia arriba. A la segunda intentona, consiguió su objetivo.

Probó con un par de buenos tirones. El gancho resistió satisfactoriamente.

--Agárrese de mi cuello fuertemente y no se suelte, Zenla.

--Sí, señor.

Instantes más tardé, Keddar iniciaba la ascensión. A Zenla le sorprendió una vez más la potencia y la agilidad del joven, que subía con una rapidez que le pareció increíble..

Alcanzaron una ventana situada a diez o doce metros de la anterior y luego repitieron la operación. La fortaleza estaba ya a punto de alcanzar su cota habitual sobre el islote.

Keddar miró a través de los vidrios de la ventana, la cual, debido al espesor de los muros, tenía un antepecho de la suficiente anchura para permanecer allí sin agobios. Había unas cortinas que impedían ver casi por completo lo que había al otro lado, pero a Keddar le pareció que habían dado, por fin, con el lugar deseado.

--Voy a entrar, Zenla --avisó en voz baja.

Ella le contempló temerosamente. Keddar, de repente, pegó una tremenda patada, y los vidrios saltaron estruendosamente en mil pedazos.

El segundo puntapié que dio destrozó la ventana. Keddar saltó con gran ímpetu, atravesó los cortinajes y apareció como una tromba

ante los ojos asombrados de tres personas.

Una de ellas era una anciana, cuyo rostro conocía Keddar de sobra. Las otras dos eran Shor y su fiel sicario Yummor T-I.

Los dos hombres se sentían atónitos. 'Lyssis, asombrada, pero tranquila, miró al joven con interés.

--Hola, abuelita --saludó Keddar con desenvoltura.

Shor y Yummor oyeron aquellas palabras y se pusieron lívidos. Zenla se sintió a punto de perder el conocimiento.

Lyssis sonrió.

--Te has hecho esperar, condenado --respondió jovialmente.

******

Al otro lado de la estancia, de grandes dimensiones, había un enorme ventanal, que daba a una especie de patio muy espacioso, en cuyo centro había un orificio circular, de unos veinte metros de diámetro, a través del cual penetraba un intenso resplandor. Keddar tomó nota mental del detalle.

Pero su atenci6n estaba centrada en otros puntos más interesantes.

--Ricxart ha muerto –anunció--. Yas'la está a salvo y la conspiración que ustedes dos han montado, se ha convertido en una pompa de jabón.

Shor se recuporó en el acto.

--¿Lo cree así? La guardia de Khat-Vothan obedece sólo mis órdenes.

--Dudo mucho que uno solo de sus soldados obedezca las órdenes de un cadáver --dijo Keddar fríamente.

--Shor ya no es mi primer ministro--terció Lyssis--. Y en cuanto a ese otro traidor, queda destituido en este mismo momento.

Yummor sonrió despectivamente.

--Señora, usted ya no está en condiciones de dar órdenes --contestó.

--Theo, ¿qué piensas hacer? --preguntó Lyssis.

--Depende de ellos. Si se rinden, te dejaré el castigo a ti, abuelita. Si no se rinden...

Las últimas palabras quedaron en el aire, pero resultaban una amenaza perfectamente inteligible.

De pronto, Keddar vio que Yummor movía su mano hacia el interior de sus ropajes. Instantáneamente, saltó sobre él y le golpeó con fuerza en la mandíbula.

Yummor retrocedió tambaleándose. Era hombre fuerte, sin embargo, y no cayó al primer embate. Intentó defenderse, pero Keddar continuó golpeándole sañudamente. Un tremendo derechazo le hizo atravesar el ventanal del patio, rompiendo los vidrios con gran estrépito.

No obstante, Yummor era tenaz y obstinado. Aunque sangrando por algunos sitios, se puso en pie y contraatacó.

Pero no podía compararse con Keddar. El joven lo acorraló implacablemente, convertidos sus puños en dos martinetes que se movían incesantemente. De pronto, Keddar conectó un golpe más potente que los demás.

Yummor lanzó un alarido al sentirse precipitado al vacío a través del hueco central. Keddar se asomó y miró hacia abajo.

El cuerpo del traidor describía una gran parábola, mientras volteaba en el aire. De pronto, chocó contra una de las columnas de luz sólida y desapareció instantáneamente, tras un brevísimo chispazo.

Un grito de alarma sonó de pronto:

--¡Theo, Shor ha escapado! --llamó Zenla, muy alarmada.

Keddar corrió de nuevo a la estancia. Casi en el mismo momento, el suelo se inclinó perceptiblemente.

--¿Qué sucede aquí? --preguntó, extrañado.

--Algo falla en los generadores de luz sólida –dijo Lyssis--. Una de las columnas ha debido perder su fuerza.

--Creo que ya conozco los motivos. Yummor, en su caída, chocó con una de ellas.

--Lo cual ha provocado una alteración en los componentes del chorro de luz sólida --manifestó Zenla--. La avería habrá llegado al generador correspondiente y será imposible repararla en un plazo breve.

El suelo se inclinó más todavía, a la vez que se notaba un perceptible movimiento de descenso.

--Tratan de bajar la fortaleza a la tierra firme --adivinó la muchacha--. Es la única forma de evitar la catástrofe.

Keddar se asomó a la ventana. Una torre se desplomó con tremendo estrépito, llevándose al caer un buen trozo de la plataforma.

Los soldados huían despavoridos. Algunos saltaban directamente al agua. Grandes masas de piedra caían de 1o alto, provocando enormes surtidores de espumas.

--Es el fin de Khat-Vothan ---dijo Keddar lúgubremente.

--Y el nuestro también --añadió Zenla con resignación.

La apergaminada mano de Lyssis señaló una puertecita cercana.

--Ahí, en ese cuarto, hay un par de propulsores individuales. Por lo menos, vosotros dos podréis salvaros, muchachos --dijo.

Keddar sonrió.

--Nos salvaremos los tres, abuelita --manifestó.

Instantes más tarde, Keddar y Zenla salían volando a través de la ventana, transportando entre las dos a la anciana. Unos segundos después, la fortaleza se desmoronó con enorme estruendo.

Terribles chispazos brotaron de las bocas emisoras de luz sólida. El agua espumeó durante largo rato y luego, junto a la orilla, se vio un impresionante montón de ruinas.

Lyssis y sus acompañantes contemplaron el espectáculo desde la altura. Cuando la destrucción de la fortaleza finalizó, Lyssis dijo:

--Ese nido de fieras ya no molestará jamás a nadie--. Y, de pronto, con un hondo suspiro, añadió-: Me siento cansada, hijos; volvamos pronto a casa.

******

--De modo que tú no conocías los antecedentes familiares de Theo --dijo Lyssis al día siguiente, en conversaci6n con Zenla.

--No, señora, no los conocía. Su Majestad nunca me dijo nada al respecto y él...

--Si te refieres a mí, preciosa --exclamó Keddar, a la vez que entraba en la cámara--, debes saber que callé porque lo estimé conveniente por el momento. Ahora ya no tiene sentido ocultar la realidad.

--Lo mismo pienso yo --corroboró Lyssis.

--Pero no entiendo --dijo la joven--. Nuestras relaciones con la Tierra datan apenas de cien años...

--El primer sittahuriano que llegó a la Tierra fue Uokri Ohu-Yahn --explicó Keddar--. Llegó perdido y, además, hizo un mal aterrizaje. Durante un tiempo estuvo amnésico y luego se recuperó.

--Y entonces dio comienzo la dinastía terrestre de los Ohu-Yahn --dijo Zenla.

--Justamente. Uokri casó con Lisa Miller, y el hijo de ambos, Johnny, a su vez, se convirtió en el esposo de Marie Dupont. Este segundo matrimonio tuvo descendencia: Pierre, quien contrajo matrimonio con Wanda Zabroski. El hijo de Pierre y Wanda se llamó Peter y casó con Carmen de León, cuyo hijo, Andrés, matrimonió con Rhea van Harbow. Naturalmente, hubo más hijos en los distintos matrimonios, pero yo sigo la línea de Johnny, primogénito de Uokri y de Lisa.

"Bien -continuó Keddar-, Andrés y Rhea tuvieron un hijo, hembra, quien llevó el nombre de la madre. Rhea Ohu-Yahn casó luego con David Dorton y en esta línea se pierde el apellido originario. Rhea y David tuvieron una hija, Jeannie Dorton, mi madre, quien casó con Timothy Keddar, mi padre. ¿Está claro ahora?

--Perfectamente --contestó Zenla--. Pero no comprendo cómo tú lo averiguaste...

--Apellidos como el de Ohu-Yahn o muy parecidos, los hay también en la Tierra -explicó Keddar--. A mi me extrañó que mi abuela materna tuviese ese apellido y, curioso, empecé a investigar. Así llegué hasta Uokri y su esposa. De Lisa Miller conocí otros

ascendientes, pero me fue absolutamente imposible averiguar nada de los antecedentes familiares de Uokri. Nadie sabía nada y es lógico, ya que él ocultó cuidadosamente su procedencia y demás detalles.

--Era mi hijo --murmuró Lyssis, apenada--. Se marchó con toda justificación, por mi intolerancia, y murió lejos de mí.

--Porque su organismo se habituó al ambiente terrestre, en donde la vida es mucho más corta que en Sittahur --dijo Keddar.

--¿Sabía Su Majestad que Theo era descendiente de su hijo? --preguntó Zenla.

--Me costó años enteros de investigaciones. Al fin di con él en una cárcel...

--Bueno, no fue nada grave, abuela --se avergonzó Keddar--. Total, le pegué a un tipo que tenía buenos padrinos... y el sujeto, para vengarse, tramó un plan en el que se incluía un falso soborno. Así paré en un campo de "rubynita".

Lyssis hizo un esfuerzo y sonrió.

--Eres muy parecido a Uokri, muchacho --dijo--. Tienes su mismo carácter, alegre, desenvuelto... y tremendamente atractivo para las mujeres. Y si no, que lo diga Zenla.

--Yo no quiero decir nada --refunfuñó la muchacha--. Lo detesto...

--Pues ya puedes empezar a tomarle cariño, porque va a ser tu esposo --decretó Lyssis--. Y yo pienso abdicar en él, a fin de que ocupe mi trono.

--¡Abuela, no! --bramó Keddar--. No quiero ser rey.

--Yo me siento muy cansada ya; necesito librarme de estas preocupaciones. Y tú vienes con nuevas ideas y una educación muy distinta. En Sittahur se necesita alguien como tú, sobre todo, porque, dentro de poco, tendremos que firmar el tratado con la Tierra, para el suministro de rubíes. Esa es una negociación que deberás llevar tú en persona, Theo.

--Pero, maldita sea... Yo querría irme a descansar con mi mujer, disfrutar de la vida un poco...

--Os concedo un mes, pero ni un día más –dijo Lyssis.

--Acepto --se resignó Keddar--. Pero en cuanto nuestro hijo llegue a la mayoría de edad legal, le traspasaré el "paquete". Sólo serán veinte años, más o menos..., ¡y luego, que se las entienda él con las complicaciones del trono! ¿No te parece, Zenla?

La chica vaciló un poco. Luego acabó por sonreír.

--Creo que es un buen plan, Theo --contestó.

--Ah, abuela, tengo que pedirte una cosa --dijo Keddar de pronto.

--Dime, muchacho.

--Sut'i nos ayudó de forma inapreciable. Es preciso concederle

un buen ascenso y, por lo que he podido ver en él, con el paso de los años y la experiencia, hará un buen primer ministro.

--Por mi parte, no hay inconveniente. ¿Qué me dices de Yas'la?

--Tengo noticias de que va a ser la esposa de Sut'i --sonrió el joven. Pasó una mano por la cintura de Zenla y la atrajo hacia si--. ¿Cuándo nos casamos, guapa?

******

Meses después, Theo I, rey de Sittahur XI e iniciador de la dinastía de los Keddar, recibió una visita.

Era Claude Vynderick, embajador extraordinario y plenipotenciario de la Tierra. La visita, por el momento, era de carácter privado. La presentación de credenciales tendría lugar días más tarde, con el protocolo habitual.

Los dos amigos se saludaron afectuosamente. Comentaron unos momentos el buen aspecto que tenían ambos, se preguntaron por las respectivas familias y luego, Vynderick entró en materia.

--Ah, sí --dijo Keddar--, aquí tengo un borrador del tratado. Léelo, ¿quieres?

Vynderick lanzó una escandalizada interjección diez minutos más tarde.

--Son unas condiciones onerosísimas...

--Sí, 1o admito: sesenta y cuatro estaciones espaciales de energía irradiante, a fin de formar una esfera en torno a Sittahur. XI, de modo que la energía llegue a todas partes gratuita e ininterrumpidamente. Además, la Tierra deberá proporcionar técnicos y materiales para la gran obra de irrigación que pienso emprender en cierto desierto de este planeta; maquinaria que se especifica en los anexos al tratado; montaje de varias escuelas técnicas... Aun así, los rubíes os saldrán baratos, créeme, Claude --sonrió Keddar.

Vynderick se rindió, no sin protestar.

--Es un robo, Theo --refunfuñó.

--Pues, ¿qué creías? ¿Llegaste a pensar, sin duda, que conseguirías cientos de toneladas de rubíes a cambio de cuatro baratijas, una docena de espejos, y algunas hachas y cuchillos...? No, muchacho, los sittahurianos no somos salvajes que se dejen engañar tan fácilmente. Es una cuestión muy simple: lo tomas o lo dejas, Claude.

--No me queda más que una salida: firmar --se resignó Vynderick--. Espero que no me lo tomen en cuenta en la Tierra; podrían destituirme...

--Aquí te daríamos asilo político--dijo Keddar maliciosamente--. Y, créeme, no habrá destitución, sino que te otorgarán una buena recompensa, porque yo incluiré una nota de mi puño y letra, aclarando la situación. Así sabrán allí que no has tenido otro remedio

que firmar el tratado.

Zenla entró en aquel momento. Los ropajes que vestía no eran suficientes para ocultar su inminente maternidad.

--Señora --saludó Vynderick respetuosamente.

Zenla sonrió.

--Theo, querido, he mandado poner un cubierto más en la mesa --dijo--. Supongo que el embajador Vynderick nos hará el honor de comer con nosotros.

--El honor será mío, señora --dijo el terrestre.

Keddar le dio una palmada en el hombro.

--Anda, vamos a comer; empiezo a tener hambre--exclamó.

Miró a Zenla y sonrió.

--Tenemos que agasajar como es debido al hombre que nos hizo entrar en relación, cariño --agregó.

--Es un favor que nunca olvidaremos --respondió la joven.

FIN